ANTONIO PARTEGAS
GUATEMALA

Victoria de Sanchez

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada

1928

# NOVÍSIMO ROMANCERO ESPAÑOL

(INÉDITO)

POR LOS SEÑORES

Alcalde Valladares, Ardila, Cano, Conde de Zalazar, Cuenca
(D. Cárlos Luis de), Diaz de Benjumea,
Diaz y Perez, Fita y Palanca, G. Bedmar, Handell (Baron de), Herrero, Luna
Marquina, Navarro Gonzalvo, Olavarría (hijo)
Palacio (D. Eduardo de), Saez de Melgar (Doña Faustina), Tartilan
(Doña Sofía), Velazquez y
Sanchez, Zapata.

TOMO III

MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Doctor Fourquet, 7

Esta obra es propiedad del Editor de la Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, y será perseguido ante los tribunales el que la reimprima sin su permiso.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

548144

Madrid: 1879.—Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet, 7.

Á LA SOCIEDAD

ECONÓMICA MATRITENSE

**DE AMIGOS DEL PAIS**

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Sócio

GREGORIO ESTRADA

# NOVÍSIMO ROMANCERO ESPAÑOL

## LA BATALLA DE LA AJARQUÍA
## Y
## PRISION DEL CONDE DE CIFUENTES

### I.

### LA PARTIDA.

Entraron por saquear los ganados de la Ajarquia de Málaga, en cuyas fraguras una noche, 21 de Marzo, fueron vencidos de los moros con muerte de muchos y prision del conde de Cifuentes.

*(Garibay. Hist. de España*, t. III. página. 412.*)*

Apénas su luz el alba
por las colinas extiende
y ántes que los nuevos rayos
asomen del sól naciente,
por las puertas de Antequera
salen valerosas huestes,
que el camino casi alumbran
con la lúz de los arneses.
Ejército más lucido
no vieron nunca las gentes
en las fértiles comarcas
que riegan Génil y Bétis:

ni escuadrones tan soberbios,
ni tan brillantes jinetes,
ni caballos tan briosos
brotaron de los Vergeles,
donde parece se tornan
los ángeles en mujeres.
Jóvenes son y bizarros,
y van á la lucha alegres
como si fueran á fiestas
do sólo cañas se jueguen.
Educados en las lides
jamás á la guerra temen,
ni les intimida nunca
el recuerdo de la muerte.
Tambien contentos rebrincan
los intrépidos corceles,
quizás pensando en la gloria
lo mismo que los ginetes.
Delante va don Alonso
de Aguilar, aquel valiente,
del Gran Capitan hermano,
diestro en la lanza y tan fuerte,
que con su acerada punta
al corazon busca siempre,
Dígalo sino el Herrero,
terror de los cordobeses,
al que dos palmos de lanza
dentro del pecho le mete.
Bernardino de Manrique
va con él y mucha gente

de Córdoba y las ciudades
en las que dominio tiene.
Allí va el Adelantado
don Pedro Enriquez, que envuelve
su cuerpo en fuerte armadura
de acero de rico temple.
Más de quinientos caballos
esta vanguardia contiene,
donde van mozos de cuenta
que donde combaten vencen.
Les sigue el marqués de Cádiz,
aquel noble prepotente,
cuyo poder rivaliza
con el poder de los reyes,
el cual há poco en Alhama
ganó envidiables laureles.
Rival de tan gran caudillo
en lo cortés y valiente,
don Juan de Silva camina
mandando tambien con éste
las divisiones del centro.
El gran conde de Cifuentes,
que es del pendon de Castilla
alférez mayor, ofrece
aspecto severo y noble
con su marcial continente:
vestido todo de hierro
desde la espuela al almete,
con plumas en la cimera
y las manoplas de flejes.

Blandiendo la férrea lanza
va do sus glorias patentes,
escritas lleva con sangre
de moros y portugueses.
Comanda á los sevillanos,
jóvenes bravos, que sienten
todo el ardor de la tierra
donde sus amores tienen.
Tambien Silva en su compaña,
cual noble y digno asistente,
de Sevilla lleva al bravo
alcaide de Utrera, Mendez,
de cuya lanza y proezas
la historia habló muchas veces.
Los alcaides de Archidona,
Moron, Jerez y otros veinte,
que siempre en glorias pensando
nunca pensaron reveses.
Van tan contentos, que todos
sueñan, á más de laureles,
con robarles á los moros
casas, tesoros y harenes.
Allí va la infantería
escasa, mas de tal temple,
que no hay lid en que no gane
coronas para sus sienes.
Cerrando la retaguardia,
cual bravo y experto jefe,
con la cruz de Santiago
va el magnífico maestre,

y con él los caballeros
de la órden, llevando siempre,
sobre el pecho la cruz roja,
la insignia en el gallardete,
que lleva Diego Becerra,
mozo que á nada le teme.
Tambien el alcaide de Ecija
marcha detras con su hueste,
Mousen, Bernal y otros varios
de naciones diferentes.
Por último, va la turba
de avaros y mercaderes,
usureros y judíos,
soñando ya con traerse
sedas, joyas y tesoros,
y cuanto de bueno encuentren
en el comercio y la industria
de aquellos pueblos rebeldes,
que entrar á saco y á fuego
con los soldados prometen.

## II.

## LA RESOLUCION.

¿A dónde con tal denuedo
ese ejército camina?
¿dónde va la flor y nata
de toda la Andalucía?
Tantos apuestos donceles,
tan brillante comitiva,

¿á dónde van arrogantes
en tan brava correría?
¡Ah! Don Alonso de Cárdenas
hallando asaz dividida
la gente mora, á otros muchos
jefes de frontera avisa,
que en Antequera reunidos
resuelven ir á otro dia
á talar tierra de moros
sin detenerse á conquistas.
El maestre de Santiago,
despertando la codicia
de aquellos nobles guerreros,
pintándoles las delicias
del botin que les espera,
confidencia que un espía
le ha tenido, en el instante
propone salir de prisa,
invadir á sangre y fuego
los montes de la Ajarquía,
y regir pueblos y moros
eon la ley de la cuchilla.
El marqués de Cádiz duda,
y más que duda, hasta opina
que aquella empresa no ofrece
al éxito garantías;
por lo cual es su creencia
debe asaltarse á Almogía,
villa en frutos abundante,
con poca gente y muy rica.

El maestre sigue en su empeño,
y á la juventud la anima
con su fogosa palabra,
y tantas glorias les pinta,
tantos bienes les presenta
y botin en perspectiva,
que todos entusiasmados
por ir al combate gritan,
y entrar á sangre y á fuego
los montes de la Ajarquía.
Don Rodrigo cede al punto,
porque no quiere se diga
que le teme á los peligros
en que se arriesga la vida,
y atribuyan su prudencia
á miedo y á cobardía.
Hasta el conde de Cifuentes,
que con intencion distinta
de lo que allí se discute
salió quizás de Sevilla,
aceptando el compromiso
entra tambien en la liga.
Todos se aprestan entónces
á luchar, nadie vacila;
ellos se creen invencibles,
y áun las ciudades vecinas
que ven tan brillantes huestes,
con ellos tambien opinan
que son de vencer capaces
toda la raza muslímica.

El maestre de Santiago
en la victoria confia,
á la vez que un escarmiento
haga su potente insignia.
Los capitanes pensando
en sus triunfos ya caminan,
miéntras va la soldadesca
en alas de la rapiña.
Así, locos de contento
y en confusa gritería,
ya de Antequera se alejan
formados en largas filas,
por malas sendas buscando
los montes de la Ajarquía.

## III.

## LA AJARQUÍA.

Hay al Levante de Málaga
ásperos montes, tan altos,
que casi tocan las nubes
con sus agudos picachos.
Sus fragosas cordilleras
tienen troncos de un tamaño,
que igualan quizás al mundo
en antigüedad y en años.
Sus cumbres son de cadenas
de jigantescos peñascos,
y sus faldas van cortadas
por simas y por barrancos,

insondables precipicios,
que hasta contristan el ánimo
del que llega á extraviarse
en medio de aquellos páramos.
Los montes un valle forman,
ó más bien están cortados
por la corriente de un rio
que baja entre peñas rápido,
y cuyo cauce lo estrechan
un cerro por cada lado.
Los espesos matorrales,
la maleza y el cascajo,
aquellas ásperas sendas,
aquellos hondos pantanos
van estorbando la marcha
á fuerza de tanto obstáculo.
Apénas andarse puede
sin rodar por un atajo;
aquellos viejos breñales,
aquel bosque enmarañado
sin senderos ni caminos,
por dónde sólo los pájaros
pueden pasar sin saltarse
los sesos á cada paso,
iban siguiendo de prisa
los escuadrones cristianos,
sin reparar si caian
ó rodaban los caballos,
que á veces zanjas y abismos
salvaban de un sólo salto,

y es que les daba paciencia
y brios el entusiasmo
y la risueña esperanza
del botin que iban soñando.
Mas llega por fin la noche
y crecen más los trabajos,
y ven que se va la gloria
con el botin alejando,
que hallan solas las aldeas
y los pueblos solitarios,
que ni víveres ni nada
los moros allí han dejado,
retirándose á las torres
ó montes que ven más altos.
Entónces se desesperan
los orgullosos cristianos,
porque los estrecha el hambre
y hasta les mata el cansancio,
miéntras muchos se descuidan
y al abismo van rodando.
Esto despierta la rabia,
su irritacion va aumentando,
y sin mirar en peligros
ni el mal pesar en sus ánimos,
se dispersan por los cerros
los jefes y los soldados,
y pueblos, chozas y aldeas
entran á fuego y á saco.
Impelidos por el odio
y aquel triste desengaño,

recorren montes y valles
sembrando saña y escándalo;
llevan doquier el incendio,
la muerte corren sembrando,
los ganaderos cautivan,
despedazan los rebaños,
casas y chozas saquean,
al preso le dan de palos,
al que resiste lo matan;
queman la mies en los campos,
talan viñas y olivares,
no dejan á vida un árbol,
y llevan por donde quiera
la destruccion y el estrago.
Los moros que ántes huyeron,
sus aduares dejando
en poder de su enemigo,
repuestos del susto un tanto
y puestos de las ventajas
de su posicion al cabo,
empiezan á organizarse
yendo, viniendo, alarmando
pueblos, campos, alquerias,
y difundiendo el escándalo,
se esparcen por todas partes
corriendo montes y llanos,
y con gritos y trompetas
á todos van avisando
de la aventurera algara
que haciendo están los cristianos.

Predican los alfaquíes,
los feques van declamando;
y miéntras los unos gritan,
otros, que son más osados,
interceptan las veredas,
hacen zanjas, fraguan tajos,
y en los picos de los cerros
la confusion aumentando,
encienden grandes hogueras
que avisen por todos lados
que en tierras de los muslimes
los cristianos han entrado,
y que las vidas y haciendas
van á morir á sus manos.

## IV.

## LA ALARMA.

A orillas del mar tranquilo
que va á dormirse en sus playas,
entre las pintadas flores
que la adornan y embalsaman,
soberbia, cual su pasado,
se alza la opulenta Málaga,
emporio de la hermosura,
eden de las grandes almas,
cielo de amor y placeres,
oásis de gloria y gracia.
Allí, llorando sus penas
el viejo rey de Granada,

de corazon maldecia
á la celosa sultana,
que al fin le arrojó del trono
por celos y por venganzas,
comprando con sus intrigas
á los nobles que la amparan.
El pobre Mahomet llorando
al lado de su Zoraya,
cristiana de su embeleso,
mezclaba sus tristes lágrimas
con las ondas de los mares
que su palacio besaban.
«¡Ay, en su dolor decia,
de mi Zacatin y Alhambra!»
Melancólico una noche
en su divan se acostaba,
pensando cómo vengarse
de la soberbia sultana
y recobrar la corona
de su perdida Granada,
cuando columnas de fuego
sobre las cumbres cercanas,
de la invasion enemiga
en sus tierras le avisaban,
y á más le llegaron nuevas
de la belicosa algara
que los cristianos haciendo
estaban en sus montañas.
Y tanto creció ya el pánico,
que las gentes asustadas

á los cristianos veian
hasta en las puertas de Málaga,
desafiando á los moros
que estaban en las murallas.
El viejo rey, aunque apénas
puede sostener la lanza,
con sus escuadrones quiere
salir al punto á campaña;
mas su hermano el Zagal, jóven
á quien el *Valiente* llaman,
renombre que ha conquistado
en cien combates y hazañas,
se opone á su audaz intento
prometiéndole venganza
si marchar lo deja al campo
con los valientes que manda.
Abul-Hacen le concede
el honor de la jornada,
y ya la caballería
con picas y cimitarras,
tropa aguerrida y fogosa
por ir á la guerra clama.
Un renegado cristiano,
de gran valor y pujanza,
llamado Reduan Venegas,
de una division se encarga
de arqueros y arcabuceros,
que con horribles descargas
hagan el centro pedazos
de las legiones cristianas.

Es hombre de tal empuje,
que á su feroz cuchillada
no hay arnés que se resista
ni cabeza que no caiga.
El Zagal, bravo y astuto,
con moros de su calaña,
criados en estas guerras
de sorpresas y emboscadas,
corre con potente brío
á envolver la retaguardia,
y con un golpe de mano
vencerla y desbaratarla.
Además, pueblos y aldeas
de aquellas negras montañas,
cooperan de varios modos
para difundir la alarma.
Con árboles y con piedras,
sendas y trochas atajan,
y cubiertos de ramaje
abren abismos y zanjas,
donde al pisar los caballos
rodando hasta el fondo bajan.
Las casas dejan desiertas,
queman el grano y la paja,
se llevan todos los víveres,
matan ó esconden las vacas,
los pozos ciegan ó enturbian,
echan veneno en el agua,
y dejan la tierra aquella
tan pobre y aniquilada,

como si hubiera pasado
por ella alguna borrasca;
como cuando el mar la barre
queda la arenosa playa.

## V.

## EL PRIMER COMBATE.

Los cristianos, impelidos
por el ánsia que los guia,
se dispersan por los cerros
con imprudente codicia,
y apénas en la vanguardia
queda un soldado en las filas:
ni áun el peligro que corren
con tal locura imaginan.
Por todos lados se alejan
en direcciones distintas,
llegando á parar algunos
cerca de Málaga misma.
Los capitanes expertos,
viendo situacion tan crítica,
mandan tocar las trompetas
con insistente porfía;
y el de Aguilar y el de Enriquez
en los estribos se empinan,
para llamar los soldados
que andan allí á la rapiña.
El de Cifuentes, reunido
sólo un escuadron ya mira,

de gente de Utrera y Córdoba,
de Jerez y de Sevilla,
que siempre en estas empresas
sabe jugarse la vida.
Los soldados impacientes,
soñando grandes conquistas,
sin víveres ni equipajes
entraron en la Ajarquía;
por eso la sed los mata,
el hambre los debilita,
el cansancio los abruma
y hasta de miedo vacilan
al verse solos, sin rumbo,
por sendas desconocidas.
En medio de aquella larga
desobediencia inaudita,
de aquel criminal desórden
y desgraciada anarquía,
que los mismos capitanes
ya ni remedian ni evitan,
se oye el estruendo terrible
de gente que se aproxima,
y hasta los ecos cercanos
de las trompetas moriscas.
Todos entónces acuden
de nuevo á sus compañías;
pero es tarde, porque muchos
mueren en la correría,
y otros cautivos esperan
el premio de su codicia.

En tanto se aumenta y crece
la espantosa gritería,
las voces y los lamentos,
las blasfemias y herejías,
que con insultos lanzaban
aquellas fieras malditas,
que como lluvia de fuego
sobre el cristiano caian.
El Zagal con brava gente
trepa por aquellas cimas,
sin que el abismo detenga
sus pasos ni su osadía:
su alfanje, como la muerte,
cuanto toca lo aniquila,
y su caballo va á saltos
volando la sierra arriba.
Cayendo sobre el maestre
de Santiago, que sus filas
conservan los caballeros
lo mismo que á su salida,
intenta con la sorpresa
romper la caballería,
mas ellos firmes no temen,
y en sus puestos ni vacilan,
ni cejan siquiera un paso
ante la espada enemiga.
Jamás volvieron la espalda,
y por eso entre sus iras,
uno contra diez combaten
en tan audaz embestida.

La Cruz que llevan al pecho
es el honor que los guia,
por eso nunca en la lucha
la Cruz ni el honor olvidan;
y cuando alguno sucumbe
siempre envuelve en su caida,
al contrario que le hiere
y juntos los dos espiran.
Mas viendo Alonso de Cárdenas
que crece y se multiplica
el árabe sanguinario,
hasta el punto que ya lidia
cada soldado con quince,
á don Rodrigo le envia
un mensajero diciéndole,
que socorros necesita.
Poco despues el de Cádiz
con gente brava y lucida,
en auxilio del maestre
llega, y á un golpe de vista,
como ducho en estas guerras,
ve la situacion tan crítica
en que se encuentran, y entónces
con una estrategia lícita
engaña al moro, y lo saca
á un llano que hay más arriba,
y allí con ímpetu horrible
lo acomete y acuchilla,
sin que las piedras ni matas
ya de defensa le sirvan.

El maestre por otro lado
hace atroz carnicería,
hasta que el Zagal astuto
en el peligro se fija;
y recogiendo su gente
busca en el bosque guarida
hasta combinar los planes
para causar la ruina
del que imprudente ha invadido
los montes de la Ajarquía.

## VI.

## EL CONSEJO.

Viéndose sin esperanzas
en aquel supremo instante,
y que la noche y sus sombras
empiezan á dibujarse,
se reunen en consejo
bajo de los mismos árboles,
al cual concurrieron todos
los jefes y capitanes.
Hubo varios pareceres
y acalorados debates,
sobre el camino que habian
de elegir para salvarse,
porque todos convinieron
al ver que estaban sus planes
descubiertos y alarmado
todo el país, que al instante

salir del monte debian
y á sus tierras retirarse,
porque imposible del todo
era seguir adelante.
El de Aguilar y el de Enriquez
con los prudentes alcaides
de Moron y de Archidona,
Jerez y de otras ciudades,
opinaron que debia
la retirada llevarse
á cabo por el camino
más llano, que es el que sale
cerca de Málaga y corre
á orillas del mar gran parte.
El de Cifuentes, siguiendo
el parecer del de Cádiz,
al cual se unió el del buen Cárdenas
y otros bravos capitanes,
opinaron el volverse
por donde vinieron ántes,
por ser más corto el camino
y conocerle bastante.
Prevaleció este consejo:
y en aquel crítico trence
empezó la retirada
con órdenes apremiantes,
porque el peligro crecia;
los moros daban avances,
la noche encima se echaba
oscura y horripilante,

rodando el trueno en las nubes
tras relámpagos fugaces,
que iluminaban los cerros
barrancos y peñascales.
En las ramas estridentes
silbaban los huracanes,
y parecia que al mundo
iba la noche á tragarse.
En remolino la tropa
se atropella y se deshace,
buscando todos con ánsia
por donde mejor salvarse,
miéntras que la gritería
aumenta por todas partes.
Alaridos, juramentos,
insultos, lamentos, ayes,
el silbar de las saetas
y las balas por los aires,
atolondra á los creyentes,
que acorralados y exánimes,
ciegos y desatentados
nada resuelven, y yacen
como figuras marmóreas
que se mueven cuando caen,
heridos por las descargas
que de todos lados parten.

## VII.

## LA NOCHE DE SAN BENITO.

Triste la noche y medrosa
tiende al fin sus negras alas,

cubierta por nubarrones
que desgajarse amenazan.
Ni un lucero ni una estrella
el negro crespon traspasa,
que enluta y hace del cielo
inmensa tumba de lágrimas.
Los vientos y vendavales
tronchan y quiebran las ramas,
y parece que se quejan
al chocar en las montañas.
Los barrancos encubiertos
al que se mueve lo tragan,
y siempre están los abismos
abiertos para el que pasa.
La noche oscura y terrible
oculta pozos y ramblas,
y la mano del que hiere
en aleves emboscadas.
Los cristianos sin aliento,
con miedo, temblando vagan,
temiendo encontrar la muerte
siempre que se mueven ó hablan.
No hay jefes que los dirijan,
los capitanes no mandan,
no hay soldado que obedezca
ni quien resuelva allí nada.
Perdidos, irresolutos,
hasta espíritu les falta,
parece que con la tarde
se les va cayendo el alma

Sumidos en una hondura
y en una estrecha cañada,
se amontonan y se apiñan
como cobardes manadas
de carneros que los lobos
las cercan y despedazan.
El Zagal, suelto el caballo
como un demonio con alas,
salta y brinca por la tierra,
hiere, corta, pincha, mata,
y su gente con el triunfo.
alegre y alborotada,
va haciendo un daño terrible
con las piedras y espingardas
en los cristianos, que apénas
hacen uso de la espada,
porque maniobrar no pueden
ni allí los caballos andan:
así amontonados todos
se juntan y se acorralan,
y los moros que se ceban
miéntras en ellos con rabia,
ni una flecha desperdician
ni yerran ninguna bala.
El maestre, viendo el estrago
y aquella inaccion infausta,
y que un cuerpo ya de moros
del de Cádiz le separa,
alzándose en los estribos
y al par blandiendo la lanza,

les dijo á sus caballeros
y á la legion ecijana:
«No muramos como ovejas
por el lobo acorraladas;
por entre los moros estos
abra paso nuestra espada,
vendamos cara la vida,
no espiremos sin venganza.
¡Sus! ¡Santiago, y á ellos!
y el que se oponga, que caiga.»
Y empezó á subir la cuesta
tan áspera, tan cortada,
que hasta la tierra se hundia
debajo de sus pisadas;
además muchos peones
que sin fuerza se encontraban,
á las colas y á las crines
de los caballos se agarran,
y peones y jinetes
rodando van á las zanjas.
Los adalides perdidos
no saben por donde andan.
Pedro Ponce allí sucumbe,
y su hermano Bertran halla
tambien una muerte triste
sin que el de Cádiz le valga,
que en otro barranco lucha
con alma desesperada.
El de Cifuentes no léjos
ni puede cejar, ni avanza,

y su hermano Pedro, herido,
sobre el bridon se desangra.
Otros muchos caballeros
muertos ó heridos descansan
en los barrancos y arroyos
pidiéndole á Dios venganza.
Los moros corren y aprietan,
en todas partes alarman,
los valles, lomas y cerros
resuenan con la algazara,
y donde quiera se encuentran
mortíferas emboscadas.
Las piedras vomitan moros,
moros brotan de las matas,
los montes parecen nidos
de flechas y cimitarras.
Sobre los picos más altos,
en las cuevas, en las faldas,
hay hogueras encendidas
á cuyas trémulas llamas
se ve á los moros saltando
como si fueran fastasmas,
como legion de demonios
que en medio del fuego baila.
Parece el monte un extenso
salon á larga distancia,
donde arden, lucen y oscilan
miles de antorchas y lámparas.
El maestre, herido el caballo
en medio de luchas tantas,

sube la cuesta seguido
de algunos de sù mesnada,
que quieren con él salvarse
ó morir en su compañia.
Horrible es el espectáculo
que en medio á la noche espanta,
que al corazon afligido
lo desespera y desgarra.
A cada paso un cadáver,
un quejido al pecho arranca;
heridos y amontonados
con los muertos en las zanjas,
ante el dolor de la muerte
profundos ayes exhalan;
y unos á Dios se encomiendan,
otros á la Vírgen llaman,
para que les purifiquen
con santo perdon el alma.
En tanto, tristes las sombras,
cubren la sangre y las ánsias,
y el huracan los lamentos
se va llevando en sus alas,
pareciendo el negro monte
una tumba ensangrentada.

## VIII.

## LA CUESTA DE LA MATANZA.

Despues de inmensos peligros
y lucha desesperada,

el maestre sube la cuesta
y el pico del monte escala:
más ántes que el pié allí ponga
un tiro al caballo pasa
cayendo al suelo sin vida:
triste fin de la jornada!
Dále un caballero el suyo,
y Cárdenas, que pensaba
que al trepar aquella loma
podria envainar la espada,
empeñóse en nueva lucha
más feroz por su desgracia.
Todos los pasos tomados
por el enemigo estaban,
de los que llegado habian
eon los caudillos de Málaga.
Cansados ya de la noche
y dos dias de batalla,
sin comer, ni haber llegado
siquiera á probar el agua,
los soldados no podian
blandir ni lanza ni espada;
y envueltos entre las turbas
de moros que se aumentaban,
van descendiendo hácia el valle
bajo un diluvio de balas
por el miedo atormentados,
presas de mortales ánsias,
y algunos hasta muriendo
sin que nadie les matara;

otros huyendo y gritando
sin saber lo que les pasa.
La confusion es tan grande
y tan ruda la emboscada,
que los jefes ya siquiera
ni se buscan ni se amparan,
y ni aunque quisieran pueden
reunirse entre aquellas kábilas.
Pero el trance más horrible
les espera en la hondonada,
cuando descienden del cerro
y el fondo del valle ganan.
Hallan el cauce de un rio
encajonado entre zarzas,
cuyas márgenes de piedras
dos altas sierras las guardan.
Están cubiertas de moros
y gentes del pueblo armadas,
que apénas dejan con vida
á los que del cerro bajan.
Llueven troncos y saetas,
silban las flechas y balas,
las piedras bajan zumbando
y al que recogen lo aplastan.
Allí muere Lope Ponce,
con el señor de la Granja,
de Utrera el valiente alcaide,
héroe de tantas hazañas:
Pero Vazquez de Saavedra
tambien á su lado acaba,

y treinta comendadores
de la órden, nobles de fama,
por su prudencia y denuedo
entregan á Dios el alma.
Allí Diego de Becerra,
viendo la muerte cercana,
en la bandera se envuelve,
que con la sangre la mancha,
miéntras que la Cruz le sirve
al infeliz de mortaja.
Ante mortandad tan grande
sin defensa, ante montañas
que el paso do quier les cierran,
coronadas por las taifas,
encerrados en un hoyo
como si fuera una jaula,
sin más abrigo que el cielo
y por sepultura el agua:
se desordenan, revuelven,
corren, huyen, caen, levantan;
y cual medrosas palomas
por el águila asustadas,
por veredas y breñales
se esconden y desparraman.
Casi ninguno resiste,
muchos caen ó se desmayan,
abandonan los caballos,
se despeñan por las zanjas,
tiran pendones, banderas,
enseñas, y hasta las armas,

y los que allí no sucumben
luégo en la fuga los cazan
los escuadrones que llegan
con el Zagal desde Málaga,
que los barre cual los pueblos
que barre el simoun en Africa.
  Pierden el botin ganado
á costa de tantas ánsias,
y tiran hasta el fardaje
que ellos consigo llevaban.
  Torrente de sangre hirviente
de los cadáveres mana,
que en espantosos arroyos
corriendo la cuesta bajan.
  Los soldados del maestre
ya le piden que se vaya,
porque morir sin combate
no es justo ni Dios lo manda.
  Ya ni las trompetas oyen,
ni á los jefes que los llaman,
ni piensan en otra cosa
que en pensar cómo se salvan.
  Viendo que se fué el de Cádiz,
muchos se van y desmayan;
entónces el buen maestre,
que ve inútil la batalla,
la vista fija en el cielo,
así con voz ronca exclama,
y lágrimas en los ojos:
«No vuelvo, enverdad, la espalda,

por estos moros, mas huyo,
Señor y Dios de mi alma,
de tu ira que es el azote
que castiga nuestras faltas.»
  Y dando á diestro y siniestro
mandobles y cuchilladas,
como carnívora hiena
por perros acorralada,
hizo allí morder el polvo
á tantos moros su lanza,
que espantados abren paso
por do Cárdenas se escapa
seguido de algunos pocos
que le sirven y acompañan;
y dos adalides fieles
por veredas excusadas
y caminos tortuosos,
al fin á salvo lo sacan,
para que pueda otro dia
tomar de todo venganza.
  En tanto, el Zagal sentado
sobre una roca escarpada,
con los ojos centelleantes
y roja la cimitarra,
en un peñon escribia
con el puñal que llevaba:
«Desde hoy se llama este sitio
la *Cuesta de la matanza.*»

## IX.

### DESPUES DE LA DERROTA.

Cuando vino el sol del dia
tras noche tan pavorosa,
y alumbró con luz de sangre
aquella horrible derrota,
los ánimos decayeron,
sin que la luz de la aurora
pudiese dar á sus almas
la esperanza más remota.
El noble marqués de Cádiz,
la espada y la lanza rotas,
cubierto el corcel de heridas,
por entre riscos galopa,
y aunque el caballo sucumbe
ántes de ganar la loma,
en otro de sus criados
en aquel instante monta;
y á lo más setenta lanzas
que le quedan de sus tropas,
y burlando á aquella gente
tan perspicaz y avizora,
gracias á un valiente guia
que delante se coloca
y sano y salvo lo saca
de aquella sangrienta rota.
El Adelantado Enriquez,
Alonso Aguilar de Córdoba

y el noble Pedro Valdivia,
gran Alcaide de Archidona,
y otros muchos capitanes
pasan la noche entre rocas
escondidos, y al momento
que un rayo de luz asoma,
aquellos fúnebres montes
silenciosos abandonan,
y despues de andar vagando
sin direccion muchas horas
por barrancos, precipicios,
valles, arroyos y lomas,
al fin llegan á Antequera,
en donde al verlos se asombran.
¡Cómo tan sólo en tres dias
tanto esplendor se trastorna!
¡Qué fué de aquellos donceles
que iban soñando victorias,
alegres, con áureos cascos,
con ricas, templadas cotas!
¡Qué de aquellas ilusiones
de tantos triunfos y glorias!
Allí están tristes y mústios
los pocos que vivos tornan,
que los más sólo han dejado
de sus hazañas memoria.
Tres hermanos del de Cádiz
el sueño eterno reposan,
Bazán, Osorio, Becerra,
Lorenzo Ponce, Juan Porras,

Pero Vazquez, Manuel Ponce,
Juan Almaráz, Luis Gamboa,
Mendez, Alcaide de Utrera,
de fama grande y notoria,
Las Casas y otros mil nobles
tal vez insepultos moran
en aquella cuesta horrible,
calvario de sus congojas.
Cautivos y entre cadenas
suspiran en las mazmorras
de Málaga y de Granada,
los que la suerte traidora
libró de aquella hecatombe,
Manrique, el jefe de Córdoba,
los Alcaides de Antequera,
Jerez, Moron y Archidona,
Pineda, Monsalve, Fuentes,
Tello, Esquivel, Figueroa,
Guzman, Gonzalo Saavedra
y otros de brillante historia.
Mas un caballero falta
á quien su valor abona,
porque su lanza fué siempre
terrible en las guerras todas.
Nadie le ha visto ni sabe
qué ha sido de su persona,
ni si está muerto ni vivo
ó perdido por las trochas
de tan difícil acceso
como aquellos montes cortan.

Algunos muerto le juzgan,
porque en las últimas horas
en un barranco le vieron
cercado de gente mora;
así dudan que pudiera
en lucha tan espantosa
salvar su vida el de Silva
aunque salvara la honra.
En tan desigual pelea
no hay nadie que le socorra,
ni espera en su muerte aleve
venganza consoladora.
Pobre conde de Cifuentes,
¿dónde estás? ¿Qué es de tu tropa?

X.

## LA PRISION DEL CONDE DE CIFUENTES.

Jamás tan fiera derrota
registran nuestros anales,
ni un pánico más horrible
ni una dispersion más grande.
El monte quedó sembrado
de armas, ropas y cadáveres,
y al cabo de muchos dias,
ocultos entre zarzales,
se encontraban los soldados
sin fuerzas y casi exánimes,
porque con hojas y yerbas
estaban alimentándose.

Hubo moro campesino
que sin arcabúz ni alfanje
prendió cinco ó seis cristianos
armados y con fardaje;
Hasta las moras de Málaga,
cerca de sus arrabales,
prendieron á los soldados
que allí llegaban errantes.
En tanto, como aquel toro
que brama en la plaza en balde
porque no encuentra salida
ni puede embestir á nadie,
un escuadron encerrado
en un barranco, que audaces
lo cercan miles de moros
gritando por todas partes,
lucha con furor satánico
en tan desdichado lance.
Unos reciben la muerte
ántes de poder vengarse,
otros retan cuerpo á cuerpo
á aquella canalla infame,
que impunemente los mata
á traicion y sin combate.
Otros llaman á los jefes
asesinos y cobardes,
porque evitan cara á cara
luchar como los leales.
Entre ellos un caballero
de esclarecido linaje,

como pantera á quien roban
sus hijos, pedazos hace
á todo el que de su lanza
llega á ponerse al alcance.
Al ver su lujo y su porte,
su distinguido donaire
y su varonil destreza,
los moros sin arredrarse
cierran con él tras vencerlo
para ganar buen rescate,
y las riquezas que lleva
sobre sus armas quitarle.
El bravo don Juan de Silva
echa al suelo á cuantos salen,
y alrededor del caballo
un muro forma de carne.
Sus golpes huyen los moros
y él corre trás de alcanzarles,
quedándose de los suyos
por imprudencia distante.
Viéndose el conde cortado,
teniendo á su frente el cáuce
de aquel importuno rio
que le ataja por delante,
quiere cejar y le clava
al caballo el acicate;
mas ocho moros de cuenta
allí se hallan arrogantes,
que lo retan y provocan
á tan desigual combate.

Con ellos el de Cifuentes
cierra en tan atroz desastre,
y aunque sin fuerzas pelea,
y el caballo apénas hace
caso de espuela ni brida
porque el cansancio le abate;
haciendo un violento empuje
al fin con su lanza parte
el corazon del primero
que se le pone delante;
de una cuchillada el cráneo
al segundo le deshace,
y cuando los seis que restan
á un tiempo quieren echarse
sobre el conde, para hacerle
cautivo ó despedazarle,
baja al valle un moro altivo,
gallardo, de buen talante,
que es sin duda de valía
por su finura y su traje,
la blancura de su rostro
y sus corteses modales.
Monta un fogoso caballo
de los que sólo los árabes
saben hacerles que corran
con más rapidez que el aire.
Al llegar junto á los moros
les dijo: «Apartad, cobardes,
no es de buenos caballeros
luchar seis con uno, «y ántes

de acabar estas palabras
le da al conde golpes tales,
que le echó el caballo á tierra
para jamás levantarse.
Al ver á pié al de Cifuentes,
el moro deja al instante
el suyo, y ya cara á cara,
vibrando su corvo alfanje,
cierra otra vez con el conde,
que con bravura admirable
le va parando los golpes,
aunque el cansancio es tan grande
despues de llevar tres dias
de lucha, de insomnio y hambre.
que sólo sus pocos años
fuerza para tanto dánle.
El moro que no pensaba
tal resistencia encontrarse,
asiendo con las dos manos
aquel hierro formidable,
tan tremenda cuchillada
cerca de los gabilanes
de la espada, le dió á Silva,
que hecha pedazos saltarse
la vió de su mano al punto,
sin arma alguna quedándose.
El moro le echó los brazos,
y apretándole galante
le dijo: —Eres mi cautivo.
—Si es que Dios quiere probarme,

me resigno á sus arcanos;
soy tu prisionero: mándame.
—Quédete el consuelo, conde,
que te ha vencido un gigante;
yo soy Reduan Venegas,
despues del Rey, el magnate
más poderoso del reino,
el primero entre sus grande.
Al ver al conde rendido
y que no pueden salvarse,
su hermano Pedro se rinde,
y lo mismo tambien hacen
los caballeros que restan
de aquel escuadron brillante.

## XI.

## LA PROFECÍA.

Hubo fiestas y torneos,
corridas de toros, zambras,
y júbilo y regocijo
en Málaga y en Granada.
Al conde y su hermano Pedro
los llevaron á la Alhambra
en medio á la muchedumbre
que alegre detras gritaba
arrastrando las banderas,
armas, ropas y corazas
cogidas á los cristianos
en la reciente desgracia.

En medio de aquel tumulto
y ruidosas algazaras,
la voz que se oyó severa
en la sorpresa de Zahara,
volvió-á repetir llorando
aquellas mismas palabras:
¡Ay del pueblo del profeta!
¡Ay de la hermosa Granada!
¡Ay de tí, imperio muslímico,
que tu ſin llegó en España!

Antonio Alcalde Valladares.

# LA GENTE DE COLETILLA.

(Casos particulares.)

I.

Un matador, en su época
de justa celebridad,
estaba torpe y rehacio
de su carrera al final.
Á un toro de Concha-Sierra,
que le tocaba matar,
daba pases y más pases,
y sin atreverse á más.
Con los capotes al bicho
se llevan aquí y allá,
sin que en el sol, ni en la sombra,
encuentre oportunidad.
Al público molestaba
tanto pasar y pasar;
pero respetaba al héroe
en triste caducidad.
Un alguacil veterano,
andaluz, con mucha sal,

presenciaba la faena
de los tableros detras;
y á cada série de pases,
sin consecuencia formal,
decia al antiguo diestro:
—«¡Qué tiempos aquellos, Juan!»—
—«¿De qué tiempos habla usted?»—
dice el otro, hecho un agraz.
—«De aquellos, en que á ese toro
empezó usted á pasar.»—

II.

Al mata-toros el *Barbo*,
rinoceronte en dos piés,
su agente ajusta la cuenta
de dos lídias en Jerez.
Tras de sentar las partidas,
que dieron mucho que hacer,
se da principio á la suma
con detencion é interés.
—«Dos y dos cuatro; una cinco;
dos siete; tres hacen diez.»
—«*Alante*.»—«Diez y dos doce,
y cuatro son diez y seis.»
—«*Diez y seis*,» «repite el *Barbo*,
que escucha con avidez.»
—«Pongo seis, y llevo una.»—
—«*¡Una!*»—«Cabal.»—«*Está bien.*»—
—«Una y tres cuatro; y tres siete;

y seis trece...»—*«Siga usté.»*—
—«Trece y cinco diez y ocho;
y cinco son veinte y tres:
pongo tres y llevo dos.»—
—*«Pero, cristiano ¿de qué?»*—
—«De la cuenta,» exclama el otro,
que no acierta á comprender.
—*«¿Usté torea?»*—dice el *Barbo.*
—«¡Torear! ¡Dios de Israel!»—
—*«Pues, chabó, quien no torea*
*no se lleva aquí el parné.»*—

III.

En el villorrio más malo
que es posible concebir,
ajustaron á *Salchicha*,
subalterno matachin.
Por poco ménos que nada
el desdichado fué allí,
con dos infelices cómplices,
aprendices de morir.
Sale del chiquero un toro,
negro y ojo de perdiz;
de diez hierbas, coliblanco,
cien veces probado en lid.
Al *Mellizo* lo revienta,
y magullaá *Botiquin*,
y llega el turno á *Salchicha*
su comision de cumplir.

El espada atortolado
busca al toro la cerviz;
pero á un palmo de la cola
al animal viene á herir.
—«¡Á la cárcel!»—clama el pueblo
con terrible frenesí,
y ante el alcalde conduce
á *Salchicha* el alguacil.
—«¿Usted mata al toro?»—«*No:*
*ya ve Usía porque le herí;*
*si lo mato, que me den*
*garrote van á pedir.*»—

IV.

Tentado del enemigo,
por interes ó aficion,
salió de nuevo á campaña
un famoso picador.
En balde fué de sus déudos
y amigos la oposicion,
y á pesar de lo avanzado
de su edad se contrató.
En la plaza de Pamplona
un Carriquiri feroz
de un talegazo la cara
en el circo le estampó;
marchando á la enfermería
con tremenda contusion,
y con la faz, del porrazo,

más ancha que la del sol.
Le sacaron de la boca
una muela; y luego dos;
un colmillo en dos mitades;
medio diente y un raigon.
Un testigo de la escena
exclama:—«¡Válgame Dios!
La de picar, á sus años,
es expuesta profesion.»—
El paciente le contesta
exaltado:—«¡Viejo yo!
¿No ve que la dentadura
estoy echando, señor?»

## V.

En el gran circo de Nímes
con viva solicitud
se dispuso una corrida,
festejo allá no comun;
asistiendo al espectáculo,
en su orígen andaluz,
Emperador y familia,
é innúmera multitud.
Eran los toros navarros,
de poderoso testuz,
y director de la lidia
un espada ingerto en clown.
La empresa quiere que aprenda,
y diga con pulcritud,

un bríndis francés, y el diestro
jugar no quiere el albur.
En vano fué que insistiera
en enseñarlo un Mosiú,
porque para los idiomas
nuestro amigo era un atun.
Llega el clásico momento,
y en traje plata y azul,
el hombre larga el siguiente
disparo de cañon Krupp:
—«Brindo por vú; por la jembra
y por el chabal de vú;
por el vú de los franceses
y las francesas: abur.»—

B. de Handell.

Sevilla 31 Agosto 1878

# ¡POBRE MADRE!

## I.

Domingo de Carnaval,
dia de zambra y de gresca,
regocijo de los *pollos*,
encanto de las *polluelas*,
peligro de los casados,
consuelo de las solteras,
clásico espejo del mundo
que la sociedad refleja,
compendio de la locura
y síntesis de la tierra,
yo te admiro y te saludo
con satisfaccion inmensa.
Echa una losa de plomo
sobre mis recuerdos, echa
á mi corazon la llave
para que oculte sus penas,
envuelve mi flaco cuerpo
en un capuchon de seda,
tapa mi aguileño rostro
con la estúpida careta,

aunque antifaz en mi faz
pleonasmo te parezca,
tiéndeme á escape una mano
y sepúltame en la espesa
sociedad abigarrada
que á tus piés caracolea,
lánzame en el torbellino
de tu embriagadora fiesta,
pues quiero echarme á la espalda
sinsabores y tristezas.

II.

Bajo una nube de polvo
que la atmósfera blanquea,
lago movible de gente
el ancho Prado asemeja.
La compacta muchedumbre
sube, baja, sale y entra,
no hay quien atrape una silla,
ni se ve un palmo de tierra.
Máscaras extravagantes
asaltan las carretelas,
donde anidan entre pompas
el dinero y la belleza,
y á menudo el artificio
comercial de la coqueta.
En los briosos corceles
la flor de Madrid pasea,
aunque hay hojas de esa flor

que no tienen dos pesetas.
Comparsas de mil colores,
como una campiña extensa,
San Fermin y Recoletos
matizan y festonean.
Voces, gritos, trompetazos,
pisotones de primera,
pases de pecho que limpian
relojes y faltriqueras,
y sobre todos y todo
una polvorosa niebla,
que ojos, narices y boca
tapa, hiere, pica y seca.
Máscaras, caballos, coches,
amarteladas parejas,
bulla, estrépito, jolgorio,
bromas de cara cubierta,
Domingo de Carnaval,
dia de Carnestolendas,
si esto es gozar... !buenas tardes
y que aproveche la fiesta!
Si esto es divertirse... ¡ digo,
que con otro te diviertas!

III.

¡Salve ilustre Manzanares!
¡Salve histórica pradera
del glorioso San Isidro!
Sobre tu alfombra de hierba

quiero descansar un punto
á solas con mis ideas.
Aire, silencio, reposo,
ancha planicie desierta,
verde campo, puro ambiente,
que nadie turbe mis penas,
que á la estrepitosa bulla
la blanda quietud suceda,
esto busco, esto me place,
pues quiso mi mala estrella
ponerme el gusto contrario
á farsas carnavalescas.
¡Soledad encantadora,
mil veces bendita seas!
Murmura á mis piés el rio
prisionero en sus arenas,
Madrid se destaca al frente
ardiendo en zambras y grescas
y á mi espalda están... los muertos
con sus eternas tristezas!...
Restos de la arcilla humana
que hoy se pudre y se disgrega,
esperando nuevos restos
para estrecharse en las huesas,
y que ayer, como los vivos,
tuvieron Carnestolendas!
¡Qué antítesis! ¡Qué contraste!
¡El sepulcro... la existencia...
el Carnaval y la muerte,
el sudario y la careta!.

## IV.

«*Sacramental de San Justo*»
dice sobre la alta puerta
un fatídico letrero
que toda mi sangre hiela.
Paso un ancho peristilo,
hallo entornada una verja,
y en la mansion de la muerte
mi pié temblando penetra.
Entre dos filas de nichos
que forman dos paralelas,
se extiende una larga calle
triste sombría y estrecha.
Vénse tambien en los muros
lápidas blancas y negras...
¡tarjetas de despedida
que la vanidad nos lega!
A la calle sigue un patio
en forma de plazoleta,
donde por poco dinero
halla tumba la pobreza.
Plantas de triste verdura
y flores amarillentas
cubren las húmedas fosas,
y en la muerte se alimentan.
Algunas cruces de palo
asoman sobre la hierba,
y hay multitud de azulejos
esparcidos por la tierra.

¡Qué soledad tan profunda!
¡Qué hondo silencio el que reina
en el mortuorio recinto,
donde en calma sempiterna
duerme sosegadamente
una poblacion entera!
¡Ni una voz, ni un débil eco
de los Carnavales llega!
¡Nadie visita las tumbas!
¡Nadie del muerto se acuerda!
¿Mas qué es lo que ven mis ojos?
¿Qué aparicion es aquella
que en un ángulo del patio
se destaca muda y negra?
Su simpatía me atrae
con irresistible fuerza...
¿Quién será? No cabe duda...
Una mujer... ¡llora y reza!...
¡Alguna esposa infeliz,
ó quizás alguna huérfana!...
¿Amor conyugal?...—¡Es raro!
¿Amor filial?...—¡Escasea!
Alguna hermana...—¿En tal dia
y á tal hora?... no lo creas.
—¡Oh! pues entónces...—Silencio,
pronto lo sabrás; espera.
¡Que hay un sér en este mundo,
de pasion tan firme y ciega,
que nos da vida en la cuna
y nos bendice en la huesa!

V.

Súbito yergue su cuerpo
y levanta la cabeza,
clava en el cielo los ojos
y exclama de esta manera:
«¡Hijo de mi corazon,
alivio de mi pobreza,
báculo de mi vejez,
consuelo de mis tristezas!
No lloro el pan que la muerte
me arrebató en su carrera:
lloro el amor que me falta
al faltarme tu existencia;
y lloro las desventuras
que el Carnaval me recuerda!»
—¿El Carnaval?—Sí por cierto...
¡Tres años hoy!—¡Triste fecha!
¿Y de qué el pobre murió?
—¡Señor, de muerte violenta!
—¿En dónde?—En el Prado.—¿Y cómo?
—Bajo las malditas ruedas
de un gran coche, que llevaba
una comparsa soberbia,
que alborotaba y reia
con insensata demencia,
¡miéntras espiraba un jóven
deshecho contra las piedras!...—
Dijo, y sonando en los aires

una carcajada hueca,
como herida por un rayo
cayó la infeliz por tierra.

## VI.

Quizá la misma comparsa
y la misma carretela
en este mismo momento
por el mismo sitio ruedan;
¡que no es cosa de que el mundo
temple el ardor de sus fiestas,
ni porque jima una madre
ni porque llore una vieja!

MÁRCOS ZAPATA.

# LA SUZONA.

(Leyenda histórica.)

## I.

Allanados los escrúpulos
de Doña Isabel primera,
el Santo Oficio se instala
en la castellana tierra.
Los moros y los judíos,
que en más de un tercio la pueblan,
vencidos por Torquemada,
por bienes y vidas tiemblan.
Ya dispone el Tribunal
demarcaciones extensas,
previniendo los rigores
de su autoridad suprema;
y el castillo de Triana,
del Bétis en la ribera,
á tres jueces formidables
de la Inquisicion alberga.
Los moros de la Aljamía
por las villas se dispersan,

ó piden pasar al África,
ó recelosos esperan,
  miéntras en la Judería
nadie se mueve, ni inquieta,
ni parece apercibirse
de la cercana tormenta.
  Harto saben los hebreos
que los odia la nobleza,
que el clero los abomina,
y la plebe los execra;
  pero inertes al peligro
de sus personas y haciendas,
la Inquisicion en Sevilla
miran con indiferencia.
  Fray Tomás de Torquemada
el tremendo edicto ordena,
trueno precursor del rayo
que ha de encender las hogueras;
  y la autoridad civil
en su servicio se emplea,
preparando al cumplimiento
de sus terribles sentencias.
  Al declinar de la tarde
en el régio Alcázar entran
para hablar al Asistente
un galan y una encubierta:
  él, servidor de los Laras,
jóven, y de traza apuesta;
ella, ó mora ó israelita,
en blanco alquicel envuelta.

Asunto grave de Estado
para entrar juntos alegan,
y al punto son recibidos
merced á tal contraseña.

## II.

Al salir galan y dama
de la misteriosa audiencia,
el alguacil y el portero
el banco de guardia dejan;
y al par que el uno asegura
de la cámara la puerta,
el otro la de salida
franca ofrece á la pareja.
Con el alquicel encubre
su rostro y sus formas ella,
no tan presto que no luzcan
su hermosura y gentileza.
Cuando alguacil y portero
solos en la estancia quedan,
dice el uno—«La Suzona;»—
dice el otro—«¡Brava hembra!»—
Hija del alcaid rabino,
que la Judería gobierna,
la Suzona entre los suyos
goza fueros de Princesa.
Es orgullo de su padre;
es la prez de las doncellas;
los propios se la disputan;

los extraños la desean.
En hora mala un mancebo,
de otra raza y fe diversa,
la solicita; la rinde;
la subyuga y la encadena;
que enemiga de su ley,
de su prosapia reniega;
á su pasion inmolando
sentimientos y creencias.
La noche de aquella tarde
apacible fué y serena,
alumbrada por la luna,
y de trastornos exenta.
La aurora del otro dia,
vertiendo flores y perlas,
á la andaluza metrópoli
con sus halagos despierta.
Pronto surge, se propala,
cunde y se extiende la nueva
de una trama tenebrosa,
denunciada y descubierta.
En poder del Santo Oficio
los criminales se encuentran,
y al capturar á los reos
se han sorprendido las pruebas.
Hijos del pueblo deicida
una asonada conciertan,
en que los inquisidores
y sus ministros perezcan.

## III.

Para el primer escarmiento
de su justicia severa
el Tribunal de la Fé
halla propicia materia;
que convictos y confesos
de conjuracion siniestra,
su parte en la rebelion
ningun procesado niega.
Inútilmente se trata
de quebrantar su firmeza,
fiando á la apostasía
la atenuacion de sus penas;
que desde el rabí Suzon
al último en la caterva,
quieren morir en las llamas
sin abjurar de su idea.
Dispone el auto de fé
con imponente grandeza
el brazo exterminador
de la pravedad herética;
el quemadero en Tablada
hace erigir la Asistencia,
y el vulgo al nuevo espectáculo
interes y adhesion presta.
La Inquisicion no consigue,
por más veces que lo intenta,
un reo que se retracte

de su culto ó de su empresa;
y vencidos, no humillados,
con dignidad, sin soberbia,
marchan todos al suplicio,
con Suzon á la cabeza.
Con sambenito y coroza
el Tribunal los afrenta,
en los que corona y palma
del martirio consideran;
que enemigos del poder
que perturba su existencia,
al abuso del derecho
brindó recurso la fuerza.
El Santo Oficio sus víctimas
al brazo seglar entrega;
que á los relapsos conduce
donde en ceniza los vuelvan;
y la multitud curiosa
que el patíbulo rodea
saluda, de un Dios de paz
con el nombre, tal tragedia.
El secuestro de los bienes
pronto permite su venta,
y el tercio de su producto
al delator se reserva.

IV.

Los bienes mal adquiridos
nunca valen lo que cuestan;

que la hacienda del infierno
el demonio se la lleva.
No hay buen fin por mal camino,
dicen las sagradas letras;
y recoge tempestades
el que vendavales siembra.
El servidor de los Laras
logra su anhelada presa,
recibiendo como Júdas
la infamante recompensa;
y á la Suzona, su cómplice,
jura cumplir sus promesas
si en la fuente del bautismo
la gracia la regenera.
La parricida se rinde
del galan á la exigencia,
y la blanca vestidura
de catecúmena acepta;
pero rechaza sus votos
la Divina Providencia,
que en los dones de Cain
la oculta intencion penetra.
En las sombras de la noche,
en solitaria plazuela,
mano incógnita y aleve
un golpe mortal asesta;
y el cadáver que la ronda
halla, del crímen por muestra,
de una venganza judía
induce graves sospechas;

que es del jóven escudero
que al Asistente dió cuenta
de los medios y los fines
de la rebelion hebrea.
Se anonada la Suzona
de su amante con la pérdida,
falta de la voz que hacía
callar la de su conciencia;
Y sola, odiada, culpable,
sufre, se agrava y enferma;
y detestando su crímen
justo el castigo confiesa.
Otorga su testamento
á favor de la indigencia,
una cláusula terrible
imponiendo á su albacea:
que en medio de dos ventanas,
dentro de un nicho de piedra,
en la casa de su padre
se exponga su calavera.

José Velazquez y Sanchez.

# GRANDEZAS DE CÁRLOS V

**(1530.)**

Hierve en alegres festejos
Bolonia, miéntras el Papa
á Cárlos Quinto corona
emperador de Alemania.
Todo es luz el limpio cielo
y en la ciudad todo galas;
ramos adornan las calles
y tapices las ventanas.
Está del templo á las puertas
la multitud agolpada,
que se llenaron sus naves
apénas despuntó el alba.
Y las calles como rios
que en la plaza se desaguan
arrojan la muchedumbre
en contínuas oleadas.
Míranse trajes y rostros
de diferentes comarcas,
sólo es igual la alegría
que va en todas las miradas.
En confuso remolino

ya retroceden... ya avanzan,
y el deseo y la impaciencia
sonoro rumor levantan.
Alguno que de entendido
en ceremonia se jacta,
con razones les descubre
lo que los ojos no alcanzan.
Otro refiere detalles
de una fiesta muy análoga
en Aquisgran, cuando á Cárlos
por César le saludaban.
Quien la apostura celebra
de Cárlos, quién las hazañas,
y todo aquel que le nombra
sus buenas prendas alaba.
—Veinticuatro de Febrero
como es hoy, dice una anciana,
era el dia en que Don Cárlos
nació en Gante, que es su patria.
—¿No sabe más la doctora?
dice un curial á su espalda.
—«En igual dia su abuelo
á Cárlos emancipaba!
—¿Nada más, señor Polilla?
pregunta un hidalgo.—»Añada
que en tal fecha derrotamos
en Pavía al Rey de Francia!
—El bendito San Matías
añade un lego,—le ampara
en su dia, y en su fiesta

siempre las glorias le aguardan.
—En ese, grita un soldado—
como en todos los que vaya
con el corazon que tiene
y con la gente que manda.
Y en parecidas razones
de triunfos de Flándes hablan;
de conquistas en las Indias;
de victorias en Italia;
como el sol que sin ocaso
en los Estados que manda
de un horizonte se aleja
y en otro sus rayos lanza.
En la plaza de Bolonia
brilla de Cárlos la fama;
si aquí termina un elogio
brota allí nueva alabanza.
Gente de Antonio de Leiva
banderas de España guardan,
y al relevarse del templo
lo que allí vieron relatan.
«Ungiéndole está el Pontífice
los hombros, porque la carga
ayudado por el cielo
seále ménos pesada.
Úngele tambien la diestra
que el cetro y espada abarca,
porque á Dios y á la justicia
con ambos les satisfaga.«

. . . . . . . . . . .

Rápida como el relámpago
entre la turba apiñada
corre la esperada nueva
de que la funcion acaba.
Y ya de la iglesia salen
delante los Reyes de armas
con la corona y el cetro,
con el globo y con la espada.
Magistrados de la villa
con vestiduras bizarras
conducen el rico palio
azul con flores de plata.
Montado en caballo turco
el Pontífice adelanta,
y á su izquierda Cárlos quinto
en potro español cabalga;
hermoso corcel que altivo
golpea el suelo de Italia
cual si orgulloso supiere
que allí ha vencido su patria.
Vestido va Cárlos Quinto
de una armadura romana,
regalo de los de Mouza
donde la corona estaba.
Es romana la armadura
que le adorna y que le ampara,
alemana la corona...
pero el acero... de España.
Bien sobre el corcel parece
con su figura gallarda;

bien sienta á su noble porte
el manto imperial de grana.
Del mismo color del oro
son sus cabellos y barba,
aguileñas las facciones
y la color sonrosada.
Brillantes cual los destellos
que el peto bruñido lanza
sus francos ojos azules
grande júbilo retratan.
En los vítores compiten
los varones y las damas,
y el pueblo se une al cortejo
apénas el César pasa,
y cardenales y nobles,
y embajadores y guardias
van detras, y el pueblo todo
con entusiasmo le aclama.
Se agitan los blancos lienzos,
flores á cientos derraman,
y con los vivas se mezclan
los cañones y campanas.
¡Gran dia luce en Bolonia!
¡Gran triunfo Cárlos alcanza!
¡Grande ha de ser el recuerdo
de tan dichoso monarca!!

## (1558.)

Del sol el disco brillante
húndese tras de la sierra,

y la neblina azulada
sus rojos destellos vela.
Ya los alegres rumores
del campo mudos se quedan,
que va el silencio llegando
al par que la luz se aleja.
Sólo el ruido se percibe
de arroyos que se despeñan
de la altura hasta los llanos
de la Vera de Plasencia.
Los castaños y nogales
que el valle de bosques pueblan
sobre la yerba agostada
larga la sombra proyectan.
Precursoras de la noche
ya vienen las auras frescas;
¡bien las reciben los valles
que el sol con sus rayos quema!
Del monasterio de Yuste,
que con armas y con renta
ayuda al fundarse tuvo
del buen conde de Oropesa,
en una de las estancias,
algo grande para celda,
y demasiado sencilla
para una cámara régia,
recuerdo de grandes dias
y de afecciones añejas,
están cubriendo los muros
tapices de lana y seda,

y unos cuadros de Ticiano,
retratos de antigua fecha,
que en su pincel y su fama
logran juventud perpétua;
un ángulo de la estancia
ocupa tallada mesa,
y en ella se ven relojes
astrolabios y herramientas,
cartas, cuadrantes y planos,
lentes, compases y reglas,
y varios libros, abiertos,
de religion y de ciencia:
Sillas de nogal labrado
aquel estrado completan:
negro paño cubre el piso,
negras son las antepuertas.
En un sillon de respaldo
sentado Cárlos se encuentra:
aquel Cárlos que otros dias
le llamaban Rey y César.
Tiene la noble figura
delgada mejor que esbelta,
que la fueron encorvando
la corona y las dolencias.
Blanco el cabello y la barba,
las facciones aguileñas,
pálida la extensa frente
y surcos del tiempo en ella.
Negro el tabardo y justillo,
la trusa y las calzas negras,

la noble presencia afable
y la elegancia severa.
Su diestra que tùvo un dia
cetro y espada... sujeta
un papel que está leyendo
y de sostenerlo tiembla.
La débil luz, penetrando
por la verdosa vidriera,
difunde sobre su rostro
melancólica tristeza...
El fin de aquella lectura
con muda ansiedad esperan
el leal don Luis Quijada
y su confesor Juan Regla.
Tambien Ruy Gomez de Silva,
que vino por la respuesta,
con otros nobles aguarda
con no menor impaciencia.

. . . . . . . . . .

Doblando el papel despacio
alza Cárlos la cabeza,
y posando sobre todos
una mirada serena,
señalando á la campiña
su mano rugosa y trémula.
—«Ved, les dice, esa cascada
que baja por la ladera;
vedla: cuanto más desciende,
más blanca la espuma muestra.
Mirad cómo su caida

es causa de su belleza.
Esto os digo, porque cuando
guarda el ánima una idea,
toda cosa que se mira
nos parece que habla de ella.
La de mi retiro há mucho,
que el ánima la desea,
y ha crecido con el tiempo
que esta soledad me alberga.
Pláceme tanto la calma
que mi retiro me presta,
¡que doble de aquellos reinos
que tuve diera por ella.!
Mucho estimo los deseos
del hijo que me lo ruega,
pero son vanos si tratan
de que la deje y me vuelva.
Decid al rey don Felipe
que mi pecho no se cierra
al cariño, y son muy suyos
mis consejos y experiencia...
pero... aquí, donde tranquilo
ande la difícil senda,
¡Siempre el fin de la jornada
al caminante consuela!
Dice, y mirando al retrato
de la emperatriz, que es muerta,
y en el lienzo y en su alma,
siempre viva se conserva,
dos lágrimas de sus ojos

las blancas mejillas riegan,
miéntras el labio murmura
con débil voz «¡Poco queda!»
Ruy Gomez y los magnates
á contestarle se aprestan,
cuando se escucha un acorde
del órgano de la iglesia.
Preludiando triste canto
una armonía se eleva,
que por la cóncava nave
en varios tonos resuena...
Levántase entónces Cárlos,
ayudado de Juan Regla,
y al descorrer la cortina
el santo templo les muestra.
Miran desde la tribuna
unas honras que comienzan,
y «Adios» les dice «ya tardo».
«Mis funerales me esperan.»
Sálense todos confusos
y aquel suceso comentan,
explicándose la causa
de muy distinta manera.
El ruido de sus palabras
y el sonar de sus espuelas
oye Cárlos, apoyado
en el dintel de la puerta,
y «Escuchad» le dice al fraile.
«Así acaban las grandezas...
«un ruido, un rumor... un eco...

«ya... ni un murmullo siquiera»—
y hácia el templo se dirige
donde el triste oficio rezan,
y en la torre las campanas
con grave doblar contestan.

—

La fama de Cárlos Quinto
en dos grandezas se asienta:
se elevó con noble aliento,
descendió con gran modestia.
Grandezas son en la historia
que una á otra se acrecientan:
premió la primera el mundo;
la segunda... Dios la premia.

CÁRLOS LUIS DE CUENCA.

Enero de 1878.

# UN CABALLERO.

## I.

El lugar donde nació
al caso no importa nada;
ni sus padres ó abolengo,
ni de su niñez las gracias.
Lo que importa es conocerle
en la villa coronada;
ancho campo de su ingenio,
testigo de sus hazañas.
Llegó... sabe Dios de dónde;
se metió... en la primer casa
donde admitirle quisieron
sin adelantar la paga.
Se vistió... porque halló un sastre;
tuvo amigos por su charla;
pidió prestado... y le dieron;
volar quiso... y tuvo alas.
Desde entónces ha vivido
cual caballero sin tacha,
ocultando humillaciones,
fingiendo grandezas falsas,

requebrando á las doncellas,
persiguiendo á las casadas,
nunca donde se oyen duelos,
siempre donde se oyen danzas,
con dinero algunas veces,
y sin él... cuando lo gasta.
Sentados los precedentes
que exige su estirpe clara,
y añadiendo que su estrella,
cual la Bolsa, sube y baja,
dibujemos el semblante,
las costumbres y las mañas
de este digno busca-vidas
que, en la villa coronada,
sin más rentas que su ingenio,
sin más luz que su ignorancia,
come, bebe, hace milagros,
se divierte y no trabaja.

II.

Por lo general habita
en los cuartos de alta escala,
con ventilacion y luz,
que hacen la vida muy sana.
Es solteron: vive sólo;
el órden reina en su estancia;
sus muebles son los precisos;
sólo el tocador señala
algun objeto de lujo

que con lo demas contrasta.
Para todo el mundo es
un misterio su morada,
donde á veces se presenta
no más que por la mañana
para mudarse de ropa
y para hacerse la barba.
Respírase allí confusa
mezcla de miseria y gala,
que al inquilino revelan
morador de tal estancia.
Con las mil alternativas
que á cada paso le asaltan,
come unas veces de fonda,
otras come poco ó nada;
con frecuencia en el Casino
á costa de algun tontaina;
el Club y los Andaluces
tambien le llenan ó hartan
con amigotes de rumbo
que las francachelas pagan.
Afecciones amorosas
por distraccion tiene várias;
por interes sólo una
que le cose, que le plancha,
que le cuida si está enfermo,
y le convida ó regala
á pesar de que en caudales
y atractivos es escasa.
Pero tal debilidad

la ignora hasta su casaca.
¡Qué humillacion! ¡Qué vergüenza,
si el mundo la adivinara!
¿Qué diria aquel marqués
cuya familia acompaña
y á cuya mesa se sienta
dos veces cada semana?
¡Cuánto no murmurarian
en salones y antesalas!
¡Qué mala interpretacion
tendrian á sus alabanzas,
sonrisas, adulaciones
y complacencias sin tasa!
Mas á su vida normal
echemos una ojeada
para que quede completa
esta ligera semblanza.

III.

No madruga, pues se acuesta
con la aurora ó con el alba,
y lo primero que hace
cuando se sienta en la cama
es santiguarse (costumbre
de español de pura raza),
pronunciando despues estas
ó parecidas palabras:
«¡Santo Dios clemente y justo!
¡Padre eterno de las almas!

¿A quién engañar podré
hoy, que me encuentro sin blanca?»
Como nadie le responde
se echa á meditar con calma,
hasta que algun pensamiento
feliz su semblante aclara;
que cuando Dios no le ayude
él sabe ayudarse, y basta.
Dos horas de tocador
son despues que se levanta
el prólogo indispensable
de cada nueva jornada,
poniendo especial esmero
en ir tapando las canas
y en perfilar el conjunto
con detalles de elegancia.
Si los tiempos no andan buenos
almuerza media tostada
en un café retirado,
mientras no le ocurre ó halla
el prójimo sobre quien
la tostada entera caiga.
Hace luégo las visitas
que juzga más necesarias,
y gasta en dar un *sablazo*
más profunda diplomacia
que gastar puede el Congreso
celebrado en Alemania
para zanjar la cuestion
anglo-ruso-turco-austriaca.

Pasa despues por el club,
ó por el casino pasa,
donde estudia la manera
de preparar una *bacca*
en que, si pierde, no pierde
y en la que, si gana, gana.
Al ponerse el sol pasea
su figura retocada
por Recoletos, el Prado
ó la Fuente Castellana.
No da un paso sin tener
que saludar á una dama,
á un amigo, un protector;
todos de ilustre prosapia.
Suele vérsele á caballo
ó en coche; pero se calla
que ni caballo ni coche
han salido de sus cuadras.
Por la noche en los teatros
tiene siempre entrada franca,
que es amigo de la empresa,
actores y suripantas.
Las altas horas emplea
en la ruleta ó la banca,
donde con dinero ageno
ó bien apunta ó bien talla,
cuando una pequeña orgía
tal diversion no reemplaza.
Hé aquí la vida ejemplar
que en la capital de España

lleva cual la llevan otros
que por caballeros pasan,
y que deben serlo si
las apariencias no engañan.
Conque, quitadle el sombrero;
y pensad que es de la pasta
con que aquí suelen hacerse
políticos de gran talla.

JOAQUIN DE ARDILA.

# EL CASTILLO DE CABEZON (1)

## I.

Cerco ha puesto el rey don Pedro
de Cabezon al castillo,
furioso, porque no puede
ni ganarlo, ni rendirlo.
Sobre la torre más alta
del jigantesco edificio
ondea el pendon rebelde
del bastardo fementido.
Valiente alcaide le guarda
con un teson tan bravío,
que á su señor ha jurado
morir ó vivir invicto.
De tres embestidas recias
triunfó su indomable brio,
quedando en las tres el muro

(1) Tomado el asunto de *La Atalaya de las crónicas* escrita por el licenciado Fernandez de Toledo.

de roja sangre teñido.
Tan sólo diez hombres de armas
defensa dan al recinto;
mas ¿quién de aquellos milanos
pudiera escalar el nido?
Campado el rey de Castilla
en los alcores vecinos,
un dia tras otro espera
por hambre y sed reducirlos.
Pero el tiempo pasa en balde,
y el rey, hosco y desabrido,
viendo su hueste mermada
y el fuerte sin un portillo,
jurando como soldado
y, en fin, hecho un basilisco,
al diablo daba su empresa,
despechado y aburrido.
Y una tarde en que su rostro
más huraño, más esquivo,
el negro humor de su pecho
reflejaba dolorido,
á la hora en que el sol traspone
para dar su luz al indio,
cabalgando régiamente
sobre un overo rosillo,
de aquellos que el Bétis cria
en sus cármenes floridos,
sólo con sus pensamientos
tomó rumbo hácia el castillo.
Llega al foso, y junto al puente,

llamando al alcaide á gritos,
al verle entre dos almenas,
hombre tallado en granito,
hablóle de aquesta guisa
con acento embravecido:
—«Ríndeme, alcaide, esos muros:
dame, perro, lo que es mio:
y á fe de rey caballero
que pague bien tus servicios.
Pero si pasan tres lunas
y el fuerte no me has rendido,
juro por Santa María
que desde el muro al rastrillo
no ha de quedar una piedra
por señal de tu delito.»—
Dijo el rey, y el buen alcaide,
así que el rey calló, dijo:
—«Excusa, señor, palabras,
que en hombres del temple mio,
vidas que mueren por honras
dan la sangre á beneficio.
Por don Enrique, mi dueño,
soy alcaide del castillo;
y, si entregarle no manda,
no me vencen artificios.
Vuélvete, rey, á tu campo,
y piensa (y esto es más digno)
que sólo te queda un medio
para rendirme; el cuchillo.»—
Esto habló el leal alcaide

y el muro dejó tranquilo,
miéntras el rey se alejaba
avergonzado y corrido.

II.

La noche fué tempestuosa,
mas nació risueña el alba,
que con alas de azucenas
voló en campos de esmeraldas.
Tras largas horas de fiebre,
de pervigilio y de bascas,
el rey salió de su tienda
presa de mortales ánsias.
La voz del clarin guerrero
convoca sus hombres de armas,
y al cuarto asalto del fuerte
se aperciben las mesnadas.
A la luz del sol relumbran
sus cascos y sus corazas,
y un vivo escuadron semejan
de mónstruos llenos de escamas.
Veloces como centauros
dirígense á las murallas;
pero á mitad del camino,
el rey, que al frente cabalga,
encuentra dos escuderos
que sus ímpetus atajan.
—¿Quiénes sois?—El rey pregunta.
Y ellos, con voz alterada:

—Somos del castillo,—dicen,—
y aquí nos trae la desgracia.
—¿Qué quereis?—Sólo justicia.
—Hablad.—Y el que peina canas
de los dos, con triste acento
así sus cuitas relata:
—«Maldiga Dios el castillo
donde anida ya la infamia,
que anoche ha sido teatro
de un crímen que al cielo clama.»
—Hablad.—La guarnicion toda,
por el averno instigada,
ébria de vino y licores
que en la cueva se guardaban,
presentóse ante el alcaide
rebelde y alborotada.
—Holgar queremos,—gritaron;—
y él, con imponente calma,
respondió:—Un rayo me mate
si entiendo esa vil demanda.—
Pero uno, que era entre todos
el más ruin, por su audacia
dijo, aclarando el misterio:
—«Fija y mujer te regalan,
y del rey será el castillo
si no son nuestras las damas.»—
Centellas echó el alcaide
por los ojos, que eran áscuas,
pero rendido ante el número,
con voz lastimera exclama:

—«En duro trance, honra mia,
os pone aquesta canalla;
pero yo seré leal
aunque mancillen mis canas.
¿Fija y mujer me pedís?
Pues bien, malsines, tomadlas;
y fálteme ántes la honra
que yo falte á mi palabra.»—
Dijo, y con entrambas manos
tapándose bien la cara,
ni él vió su propia desdicha,
ni los malvados sus lágrimas.
Nosotros, por no ser cómplices
de aquella obscena algarada,
saliendo por un portillo
que abrimos en la muralla,
de tu campo, invicto rey,
mudo nuestro horror se ampara,
para ver si tu justicia
al negro delito alcanza.»—
Pensativo el rey, los ojos
inmoble en el suelo clava,
turbando sólo el silencio
sus dientes que rechinaban.
De pronto alzó la cabeza
y dijo con voz pausada:
—¿Cuántos hombres al castillo
dan, sin el alcaide, guarda?
—Ocho—Y llamando ocho hidalgos,
de aquesta suerte los habla:

—Ireis con estos cobardes
al castillo sin tardanza,
entrando en él por la brecha
que abrió su fuga menguada.
Presos, ménos el alcaide,
los felones que en él campan,
agarrotados con cuerdas
vendrán á besar mis plantas.
Al servicio de su dueño
quedareis en cuerpo y alma;
y si alguno traidor fuera
y su auxilio le negara,
miéntras que yo á sangre y fuego
no tomo el funesto alcázar,
juro por santa María
que le ha de pesar su infamia.
Id, señores: sed honrados,
y Dios os tenga en su gracia.»—
Calló el rey: al punto fueron
cumplidas sus ordenanzas;
y suspenso quedó el campo
ante tan noble arrogancia.

III.

Como lo dispuso el rey
todo á maravilla se hizo;
y presos por los hidalgos
los cobardes foragidos,

justicia libró el monarca,
pues frente del muro altivo
mandólos descuartizar
en pago de su delito.
Tras un prolongado asedio
el rey escaló el castillo;
y cogiendo, por fortuna,
al leal alcaide vivo,
apretándole en sus brazos
con gran emocion le dijo:
—«Salud al nuevo Guzman
que hoy renace en mis dominios.
¿Cuál es tu nombre, valiente?
Dímelo, porque le envidio.»—
Bajó la frente el buen hombre;
y, al fin, lanzando un suspiro,
al rey habló en esta forma,
de dolor sobrecogido:
—«No me preguntes mi nombre,
señor, porque le maldigo,
que nombre que está sin honra
pierde su luciente brillo.
Por ser leal á mi dueño,
fija y mujer he perdido,
y pues viviré en la afrenta,
nadie sabrá el nombre mio.»—
De nuevo le apretó el rey
entre sus brazos prolijo;
y exclamó miéntras el llanto
le corria agradecido:

—«Si en mi reino hay caballeros,
por el mejor te designo;
vive, valiente sin nombre,
mas siendo del rey amigo.»—
Tal es la antigua leyenda
del arruinado castillo.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Madrid Junio 15 de 1878.

# EL PROBLEMA DE LA VIDA.

AL SABIO MATEMÁTICO DON ANTONIO SUAREZ.

## I.

Dios, ese efecto sin causa,
cuya esencia es un enigma,
un misterio impenetrable
para la razon finita:
Dios, la síntesis eterna
del amor y la justicia;
el noble mártir del Gólgota
que murió para dar vida;
Dios, ese motor supremo
que todo lo hizo y anima;
Faro de grata esperanza
que al pecador ilumina;
Dios, en fin, el Rey de reyes,
ante quien el sol se humilla,
creó al hombre de la nada
á su imágen sacratísima,
infundiéndole un espíritu
y con él la luz divina

para conocer el bien
y el mal, y obrar segun dicta
la libre voz del *Yo* humano.
Desplegó luégo á su vista
los encantos de natura
impregnados de poesía,
dejando al mortal atónito...
Mas como este sólo estima
lo que no tiene, y aquello
que posee le fastidia,
poco á poco hastióse de
tan mágica perspectiva.
No contento con lo *bello*,
lo *sublime* pretendia,
y lo *bueno* despreciando
con ambicion desmedida
y temerarios proyectos,
lo *mejor* apetecia.
Remontarse en vuelo raudo
á la region infinita
del saber, de donde emana
la inspiracion más purísima;
grabar su nombre en el éter,
cantar sus hazañas ínclitas,
y áun descubrir la absoluta
dicha que acá no se anida,
era cuanto, loco, ansiaba,
intentando su osadía
vanamente resolver
*El problema de la vida!*

## II.

Es un escenario el mundo,
donde en impúdica orgía,
va el hombre representando
la comedia de la vida.
Los diferentes papeles
fatalidad se apellidan:
á unos les toca el del bien,
á otros el de la desdicha,
á aquel el de la ignorancia,
á éste de la hipocresía.
Nadie, por lo general,
con el suyo se resigna,
y al gran director de escena
le echan las culpas encima,
sin meditar su conducta;
de aquí nacen, sin que exista
la causa más pequeñuela,
disensiones intestinas.
Sin embargo, cada cual
está llamado en la vida
á interpretar... como quiera
el cargo que Dios le indica:
y miéntras Napoleon
pueblos y gloria conquista,
asombrando á las naciones
en belígera osadía,
sobre el campo y la verdura

una humilde pastorcilla
reza y le demanda auxilio
á la angélica María.
Miéntras Calígula odioso
en una sala reunidas
anhela ver las cabezas
de la humanidad impía,
para cortarlas al golpe
de la sangrienta cuchilla;
con palabras amorosas
Abelardo y Eloisa,
cual dos tórtolas amantes,
sus cuidados se confian;
Miéntras que el sabio filósofo
su existencia sacrifica
para librarnos del yugo
de la más vil tiranía,
y arrebata los arcanos
y sus causas determina,
y se eleva á lo infinito
en alas de su fe mística,
y lucha contra natura,
é inquiere, piensa, examina;
ved rudo ignorante, ó uno
que alberga falsas doctrinas.
Del error, éste, instrumento
y esclavo de la mentira,
é insulto, aquel, de la ciencia,
que cual autómata vive
y cual autómata espira.

Y, en fin, miéntras los que ricos
placeres sólo respiran,
el pobre trabaja y gime,
juguete de su desdicha...
y todos, todos, así
siguen la senda emprendida,
porque creen que su ingenio
ha descifrado el enigma,
la piedra filosofal,
*El problema de la vida.*

III.

Ocúrreseme una historia
que, aunque añeja, muy verídica;
como puede interesaros
por ser del caso propicia,
me apresuro á relatárosla
sin poner ni quitar pizca:
El año de mil quinientos
cincuenta y siete moria,
y con él un gran reinado,
segun la historia acredita.
Las edades se suceden
constantemente, impelidas
por la fuerza misteriosa
de ilusiones purpurinas
que el hombre llegó á soñar,
creyendo verlas cumplidas...
Mas cuando los años muestran

la verdad fatal é impía,
y el desengaño corona
con sus canas blanquecinas
nuestro mal, el tiempo, entónces,
trascurre con calma fria:
¡entónces el mortal piensa
en la muerte, no en la vida!
El rey Don Cárlos primero,
á quien se le denomina
*el César* de aquella edad
por sus célebres conquistas,
cansado de trabajar
por dar unidad política
y religiosa, á su pueblo,
abdicó, y fuése enseguida
al monasterio de Yuste,
donde vivió en compañía
de los monjes, abstraido
en contemplaciones místicas,
un año próximamente;
al cabo del cual, un dia
mandó á la comunidad,
con voz austera y tranquila,
que celebrase sus propios
funerales; fué admitida
tal propuesta con horror...
mas como el rey lo queria
se accedió con humildad,
y tal *cosa* fué cumplida.
Muy breve tiempo despues,

cual Don Cárlos pretendia,
todo preparado estaba
hasta la mortaja misma.
Era una mañana triste,
un melancólico dia:
las nubes preñadas de agua
el límpido sol cubrian
y el azul del firmamento;
el huracan con su silba
feroz y horrible, los ámbitos
de la tierra conmovia;
el trueno ya retumbaba,
y el rayo cual culebrilla
de fuego, ó cual vacilante
silueta, sobre la ermita,
ya anciana por las edades,
se posaba y suspendia,
amenazando incesante
á su choque derruirla:
todo era terrible y lóbrego.
En el monasterio habia
la ceremonia empezado.
Cubierto el piso por rica
alfombra de terciopelo
negro, en verdad imponia:
lentamente los acentos
del órgano se extinguian,
con los cantos funerarios,
por las bóvedas sombrías:
se alzaba en medio del templo,

cual jigante que dormia,
un féretro mortuorio
velado por la luz tibia
de diez soberbios hachones
que oscilaban y gemian.
En él Don Cárlos estaba
con faz dulce y compungida,
cubierto por un sudario:
¡horrible ficcion! ¡enigma
que á comprender nadie acierta!...
ya la funcion concluida
retiróse el muerto-vivo
á su celda, y la fatiga,
que la emocion más intensa,
en su pecho producia,
aletargó en hondo sueño
su inteligencia vivísima.
Todo en silencio se hallaba:
la media noche sería
cuando nuestro héroe Don Cárlos,
presa de una pesadilla,
se revuelca sobre el lecho
trémulo, ansioso; su vista
lanza fuego, y sús crispadas
manos, ardientes y lívidas,
descorren del aposento
la adamascada cortina,
y alzándose delirante,
en su faz régia y altiva
reflejan los rayos puros

de la luna, que tranquila
brilla en la region aérea
cual antorcha peregrina.
—¡Mi muerte se halla cercana!
¡Mi plan cumpliré, decia! —
Y al dar cuerda á los relojes
que esparcidos se veian,
los arregló de tal modo,
que fueron en armonía
al pronto, mas luégo cada
uno por su lado iba.
El rey, que atento observaba
lleno de ansiedad tan viva,
al ver sus planes fustrados,
sus esperanzas fallidas,
la piedra filosofal
que descubrir pretendia,
hecha trozos, exclamó
con voz de frenesí henchida:
«Si el reloj no admite leyes
que el hombre, su rey, le dicta,
si es inútil todo empeño
porque la unidad política
y religiosa, no existe,
y es tan difícil que exista,
¿por qué descubrirla quiero
si el pueblo no ha de cumplirla?...
Al terminar, cayó exánime
contra las baldosas frias;
y, segun cuentan las crónicas,

en su histérica agonía
Dios le inspiró ¡qué es *la muerte*
*El problema de la vida!*

IV.

Queda, pues, harto probado,
y la experiencia lo afirma,
que en el mundo todos creen
que han descifrado el enigma,
la piedra filosofal,
el problema de la vida;
más advertir es preciso
que á esta cuestion peregrina
se da solucion, *segun*
*el cristal con que se mira.*

José Fita y Palanca.

Valencia 9 de Abril de 1879.

# LOS GATOS DE MADRID.

(Romance histórico tradicional.)

(931.)

Entre las mil tradiciones
y antiquísimas consejas
que corren de boca en boca
y que entre el vulgo se cuentan,
ninguna de más valía
para Madrid, ni más bella,
que la que presta su nombre
á los hijos de esta tierra.
*Gatos de Madrid*, les llama
desde muy remota fecha
la Historia tambien, y el *mote*
es de tal naturaleza
que honrando á los madrileños
á los estraños enseña.
Es premio de accion tan noble
y de tan gigante empresa,
que allá en tierra segoviana
aún recuerdan su epopeya

con sus lenguas de granito,
dos monumentos de piedra.

. . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . .

El rey de Leon, Don Ramiro
segundo, bravo guerrero,
en descargo de sus culpas
ó en enmienda de sus yerros,
quiere intentar la conquista
de aquel floreciente imperio
de Abd-er-Rahman, cuya corte
tiene en Toledo su asiento:
para este fin, los magnates
y próceres de su reino
convoca, y dándoles cuenta
de su noble pensamiento,
como es justicia y razon
les pide ayuda y consejo.
Las palabras del monarca
encuentran al punto eco
en aquellos corazones
cristianos, y el pensamiento
es acogido con júbilo
y entusiasmo verdadero.
Lanzas, oro, vituallas,
la flor de sus mesnaderos,
ofrecen para la empresa,
y se ofrecen tambien ellos
á seguir á su monarca
y á pelear como buenos,

bajo el glorioso estandarte
de la Cruz. ¡Noble ardimiento
que rescató poco á poco,
palmo á palmo y pueblo á pueblo,
á la nacion española
del dominio sarraceno!

. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . .

Gozoso el rey, cita el dia,
y apellidando á sus pueblos
al combate, con presteza
acuden de todos ellos
el niño, el mozo, el anciano,
los nobles y los pecheros,
cuantos pueden en su mano
sostener el fuerte acero,
cuantos manejan el arco,
cuantos sienten en su pecho
el santo amor de la patria,
que es de todos el primero.

. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . .

En las márgenes de un rio
cuyas corrientes, apénas
si por lo escasas, encubren
el fondo en que serpentean;
cerca de un bosque sombrío
de frondosas alamedas,
y asentada en una altura
para su mejor defensa,

hay una villa morisca
de cielo azul, fértil tierra,
que es de la Imperial Ciudad
de Toledo, el centinela
más avanzado; el vigía
que el trono de los Omeyas,
tiene frente á los cristianos
en la castellana tierra.
Medina-Machrith (1), la llaman
los secuaces del Profeta,
y ella es el sueño constante,
la más codiciada presa
del rey Ramiro, que trata
de asentar en sus almenas
el estandarte cristiano
sobre la muslime enseña.
Contra Madrid se dirige
la brava hueste leonesa,
y ya anochecido, acampa
de sus murallas muy cerca.
De los pueblos comarcanos
síguenla gentes diversas,
pero nótase la falta
con general estrañeza,
de la tropa segoviana
que ni disculpa su ausencia,
ni á pesar del compromiso
acude cual prometiera.

. . . . . . . . . . .

(1) *Madrid.*

Cerró la noche; las sombras
con su manto de tinieblas
y lobreguez, invadieron
el recinto de las tiendas;
pero súbito, á lo lejos
óyense voces de guerra,
y en direccion al Real
se alza espesa polvareda.
Son las gentes segovianas
que á escape tendido, llegan
al campamento cristiano
cumpliendo su noble oferta;
—«Llegan tarde» dicen muchos—
es la verdad—¡Pero llegan!

. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . .

Hallan los recien venidos,
que son al fin los postreros,
para poder alojarse
dificultades sin cuento,
pues ya ocupadas las tiendas
por los nobles caballeros
leoneses y castellanos
que están en reposo há tiempo,
los segovianos, no encuentran
donde descansar sus huesos.
Percíbense entre la tropa
murmullos de descontento;
entónces, los dos caudillos
nobles de limpio abolengo,

Don Dia Sanz, y Don Fernan
de la Torre, torvo el ceño,
al rey Don Ramiro buscan
y con desabrido acento
y en son de queja, le increpan
sobre el estraño suceso,
y alojamiento le piden
digno de sus mesnaderos.
Despues de escuchar su arenga,
con voz grave, airado el gesto,
y acariciando convulso
el pomo del limpio acero,
el rey, á los segovianos,
fué de este modo diciendo.
«Tarde llegais al Real,
»y no es estraño por cierto
»que los que tarde llegaron
»tengan mal alojamiento.
»Acudiérades solícitos
»á cumplir vuestros empeños,
»y alojamiento tuviérades
»digno del linaje vuestro.
»Mas no importa, ¡vive Dios!
»que aun llegando los postreros,
»alojamiento he de daros
»que os dejará satisfechos.»
—«¿Y donde, señor?...»—«¡Allí!»
contesta el rey, y extendiendo
el brazo, con ademan
magestuoso y enérgico,

señala á los segovianos
atónitos y perplejos
la villa morisca—«¿Allí?...»
Pregunta con ronco acento
Don Dia Sanz; y «*Allí*» repite
el monarca como un eco.
Siguió un instante solemne
de pavoroso silencio;
mira el rey á los caudillos,
hácia Madrid miran ellos,
y adviértese en sus pupilas
el coraje de sus pechos.
Rasga por fin los hijares
á su corcel, y lijero
parte el rey, sin saludarlos,
hosco, terrible, colérico,
siempre extendido su brazo,
y sólo «*Allí*» repitiendo.

. . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . .

Se miran los segovianos
y en sus miradas, el fuego
del enojo y la vergüenza
brilla con rayo siniestro.
«En Madrid, ha dicho el rey
que hay cómodo alojamiento;—
Tiene razon el monarca,
¡Sus! á Madrid, caballeros!»
Y así diciendo Ferran,
desnuda el tajante acero

y clavando el acicate
á su corcel, como el viento,
seguido de sus parciales,
despareció; y en silencio
el campamento quedóse
en paz y recogimiento.

---

Al primer albor del dia
púsose en marcha el ejército
leonés; más cual su sorpresa
y cuál fué su asombro, viendo,
una reducida tropa
que con titánico esfuerzo,
sin necesidad de arietes,
de fundíbulos ni ingenios,
escalaba el fuerte adarve
de los muros madrileños.—
«¿Son gatos?. . .»—Pregunta el rey
entre admirado y contento.—
«Son soldados» le responden.
«¿Soldados? «Vamos á verlo»—
Y apresura más la marcha,
que lo estraño del suceso,
á su pesar le espolea,
y anhela llegar más presto.
Tras brevísimos instantes
y sin explicarse el medio,
se ve el pendon castellano
que riza gozoso el viento.
«¡El signo de redencion

sobre el muro madrileño!»
—Esclama el rey—»¿Quiénes son
esos bravos?» «¿Los primeros
que han escalado esos muros?...»
«¡Esos *Gatos*, cuyo premio
ha de ser proporcionado
á su valor sin ejemplo!...»
Al borde del ancho foso
llega el rey así diciendo,
y un paladin, da respuesta
á sus frases, como un eco.—
—«Señor, son los segovianos,
que han buscado alojamiento.»—
Y la calada cimera
levanta del casco férreo,
al tiempo que la rodilla
y en señal de acatamiento,
dobla ante el rey Don Ramiro,
el segoviano guerrero.—
—«¡A mis brazos, Don Dia Sanz»—
al héroe reconociendo
grita el monarca, y le estrecha
entre sus mallas de acero!
—«¿Tragisteis escalas?»—«No—»
—«¿Cómo subisteis?»—Subiendo.
«Con los dientes y las uñas.»—
—«¡Como los gatos! Por eso
»viéndoos trepar por el muro
»hace poco, y desde lejos,
—replica el rey—«os tomé

»por gatos, pues como ellos
»trepábais; y así, en memoria
»de esta hazaña, desde hoy quiero
»que al blason de vuestra casa
»añadais un blason nuevo;
»un gato, y gatos se llamen
»en memoria del suceso
»vuestros nobles descendientes,
»pues que fuisteis los primeros
»conquistadores cristianos
»del recinto madrileño.»
Besán la diestra al monarca
los valientes caballeros,
y gracias dánle cumplidas
por tan raro privilegio.

. . . . . . . . . . . .

Ya más tarde, establecidos
en Madrid, y andando el tiempo
es fama que, por «*Los Gatos*»
siempre conocidos fueron;
y áun á traves de los siglos
como glorioso recuerdo,
*hijo de Madrid* y *Gato*
son sinónimos perfectos.

. . . . . . . . . . . .

¡Así las grandes acciones
perpetúanse en los pueblos!
una fecha, un nombre, un *mote*
son un poema completo!

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

# BOMBARDEO DE VALPARAISO.

Verificado por la escuadra española al mando del inmortal Mendez Nuñez en 1865.

Desde el Combate de Abtao
en que con bravura heróica
mostraron nuestros marinos
que España por todo arrostra;
desde aquel glorioso dia
en que con exígua flota
al combate provocàmos
á una escuadra poderosa,
en un punto inaccesible,
donde era esperanza loca
penetrar, sin exponerse
á una segura derrota;
desde aquel dia en que el reto
no aceptaron, temerosas,
las muchas naves chilenas
de las pocas españolas;
el jefe de nuestra escuadra,
á quien la España su honra
confiára en esta lucha

á que ilusos la provocan;
meditando está en tomar
venganza segura y pronta,
que á traidores escarmiente,
y á cobardes miedo imponga.
Y el bombardeo proyecta
de una ciudad populosa,
su bloqueo estableciendo
por ver si entre tanto logra,
que las naves peruanas
en franca lid se le opongan.
Y enfrente á Valparaiso
está la escuadra española
en prudente espectativa,
y en actitud belicosa.
No hostiliza á sus contrarios
del puerto aquel en las costas,
vigila, pero no ejerce
una intolerancia odiosa.
La entereza y la justicia
lleva en su empresa por norma,
y el que es fuerte, y el que es justo,
sus fieros ímpetus doma.
Quizás le den sus contrarios
satisfacciones honrosas;
quizás si no, en noble lucha
de su proceder respondan,
y entónces no es necesario
ejercer la dolorosa
aunque justa represalia

de arrasar con saña innota
á una ciudad floreciente,
indefensa, inerme y sola,
que un torpe gobierno puso
en situacion tan penosa.
Pasan en tanto los dias,
y se suceden las notas
que cruzan en son de arreglo
las potencias mediadoras.
Transacciones se pretenden,
y armonizar no se logran
el necio orgullo de Chile
con la entereza española.
Y Francia, la prepotente,
y Albiön la cautelosa,
y los Estados-Unidos,
viendo que ya estaban rotas
todas las negociaciones
que con arrogancia insólita
por el Perú rechazadas
nuestro ultraje más enconan,
mediar quisieron solícitas
con razones especiosas,
para hacernos desistir
del bombardeo... ¡ilusorias
esperanzas!... Mendez Nuñez,
como inquebrantable roca,
ni á la sugestion se rinde,
ni á la amenaza se dobla.
Al comodoro Roger,

que le intima que deponga
las hostilidades, dice
con voz solemne y sonora:
—Aunque la potente escuadra
que mandais se me interponga,
en vez de hacerme ceder
iré adelante: no importa
que en la lucha perezcamos
si perecemos con gloria;
que España, la invicta España,
cuyo nombre al mundo asombra,
*honra prefiere sin barcos,*
*más bien que barcos sin honra.*—

. . . . . . . . . . .

Y avante va nuestra escuadra,
en naves exígua y corta;
pero terrible, imponente
por el valor que la abona.
Arrogante *La Numancia*
se balancea en las olas;
la *Resolucion* va en pos
gallarda y magestuosa;
marcha el *Paquete de Maule*
en el centro de la flota;
formando están la vanguardi
*La Blanca* y *La Vencedora*,
y *La Villa de Madrid;*
*La Berenguela* á custodia
se destina de las presas,
y está á retaguardia sola

con la lancha de vapor
de *La Numancia*... Ya es hora
de que la agresion empiece
que nos vindique ante Europa.

. . . . . . . . . . . .

Enfrente á Valparaíso
en órden marcial se forman
prontas á romper el fuego
la erupcion devastadora.
Ántes, empero, se fija
un plazo en el que se pongan
á salvo, de los neutrales
intereses y personas;
que en corazones magnánimos
la compasion siempre brota,
y del esforzado es prenda
ser clemente en la victoria.
Blancas banderas ondulan
en la ciudad, caprichosas,
que con los giros del viento
ostentan rizadas formas.
Es la señal convenida
de respeto á las piadosas
moradas donde se alberga
la caridad; ellas solas,
al par que el templo sagrado
en donde la fe reposa
brillando con luz tranquila,
como inextinguible antorcha,
son las que han de verse libres

del fuego de nuestra flota.

. . . . . . . . . . .

Truena ya el cañon rasgando
la ténue y límpida atmósfera,
que en torbellinos de humo
pesada se trueca y lóbrega.
Cunde el terror, y al estrago
el estrago se eslabona,
en formidable cadena
de terror, de luto y sombras.
Allá el enhiesto palacio
de súbito se desploma;
acullá el voraz incendio
todo lo arrasa y devora.
La cumbre de las colinas
á Valparaíso próximas,
cuajadas están de gentes,
que el estrago ven, absortas
de dolor y espanto, mudas...
Tal la corneja medrosa
sobre escueto altivo risco
mira con mortal congoja
calcinado por el rayo
el nido que le dió sombra.

. . . . . . . . . . .

Cesan por fin nuestras naves
en su empresa destructora,
de causar tantos destrozos
sintiéndose pesarosas;
que si España es con los fuertes

implacable, ruda, indómita,
con el débil la clemencia
usó, siempre generosa.

. . . . . . . . . . .

No se juzgue el bombardeo
de nuestros rencores obra;
ultrajes lo demandaban
y el derecho lo sanciona.
Ya con imparcial criterio
nos ha juzgado la Europa;
para el Perú es el oprobio,
para la España la gloria.

ENRIQUE G. BEDMAR.

# LA CRUZ DE LOS ÁNGELES.

(Romance religioso.)

## I.

Era una de esas mañanas
en que la brisa murmura,
y el cielo tornasolado
se envuelve en mantos de bruma;
cuando en la tierra comienzan
á brotar perlas menudas,
y nacientes florecillas
al rayo del sol fulguran;
cuando los pájaros cantan
y las tórtolas arrullan,
y en las ramas de los árboles
el gilguero se columpia;
cuando... mas no importa cuándo:
sabe, lector, que mi pluma
va á relatarte un portento
de peregrina hermosura.

Y si ha dicho que las flores
y los céfiros susurran,
es porque fué en primavera
lo que he de contarte en suma,
y en tiempos del Casto Rey,
eso no te quede duda,
que hay autores respetables
que lo escriben y aseguran.
Yo quisiera retratarte
aquella noble figura
del Rey Alfonso segundo,
pero no hay copia ninguna.
Sólo sé que fué valiente,
de trato y palabras bruscas,
pero magnánimo y grande,
y de marcial apostura.
Amó con ciego delirio
al pueblo leal de Astúrias,
y por su engrandecimiento
emprendió reñidas luchas.
Mas dejemos nuestro siglo
donde fúlgidas alumbran,
de la ilustracion antorchas,
y á una época de penuria
traslademonos al punto
cuando alzó la Media Luna
su imperio en la hermosa España
y fué abatida en Astúrias.
Y con los ojos del alma
verás la devocion suma

de aquel piadoso guerrero
cuya memoria aún saludan
los siglos y las naciones,
y por el orbe retumba
de sus heróicas hazañas
la voz que no muere nunca.
Verasle en su regio alcázar
y postrado ante una urna,
que en retirado aposento
guarda una inmensa fortuna,
consistente en ricas joyas
que en sus conquistas morunas
adquirió de los infieles
y hoy á la Vírgen tributa.
Escuchadle; sus miradas
dirige á celeste altura,
y con dulcísimo acento
así sus lábios murmuran.

## II.

«¡Oh Santa Vírgen María,
Reina del cielo y Señora,
del Salvador de los hombres
augusta Madre amorosa!
Á tí que en trono de nubes
y en un alcázar de gloria
tienes el célico asiento
donde los ángeles moran;

á tí quisiera ofrecer
esa multitud de joyas
en una Cruz engastadas
de bella y sagrada forma.
Mas ¡ay! vano es mi deseo,
que tan delicada obra
no hay artífice en mi patria
que pueda emprender con honra.
Bravos son mis montañeses
con la morisma traidora,
saben manejar la espada,
pero su ciencia es muy corta.
En esta tribulacion,
á Tí acudo, Madre hermosa,
pues que no encuentro en mi reino
quien mis deseos acoja.»
Calló el Rey enajenado,
y elevó la vista atónita
al sitio donde escuchábase
música embelesadora.
Era en la celeste altura
donde una grave matrona,
de arcángeles rodeada
y entre nubes vaporosas,
apareció lentamente;
y su mirada amorosa
fijando en el casto Rey
con sonrisa encantadora,
exclamó con dulce voz,
más que el gemir de la tórtola

y más suavísima y grata
que el murmurar de las ondas:
«escuché ¡oh Rey! tus acentos
desde mi trono de gloria,
y vengo á aceptar tu Cruz;
ahí tienes quien le dé forma.»
Tendió la Vírgen su diestra,
y de su célica escolta
descendieron dos querubes
en alas de una paloma.
Vertió la naturaleza
torrentes de luz hermosa,
y su fragancia las flores,
las aves su dulce trova,
los arroyos su murmurio,
los céfiros sus aromas,
todos al trono de Dios
en armonías sonoras
himnos alzaron benditos,
y á la Vírgen milagrosa
saludaron con amor
la luz, la tierra y la sombra.
La Vírgen desaparece
tras la nacarada bóveda,
y apareció rutilante
entre arreboles la aurora.
Alfonso cayó de hinojos
en aptitud melancólica,
murmurando una plegaria
que su gratitud denota.

## III.

«¡Al templo mis caballeros!
el casto Rey exclamaba:
vamos á ofrecer á Dios
despojos de cien batallas.
Vamos: mas ¿quién interrumpe
de tal modo nuestra marcha?
—Es que aquí dos peregrinos
por Alfonso preguntaban.
—¡Dos peregrinos! dejadles
llegar á mi régia planta.»
La turba de cortesanos,
de magnates y de damas,
dejó paso á los querubes
que en nombre de Dios llegaban.
«¿Quién sois? ¿De nos demandais
limosna ó cumplida gracia?
—Venimos de luengas tierras,
porque supimos que guardas
hermosas joyas, y anhelas
en una cruz engastarlas.
—Es cierto: pero ¿vosotros sabeis?..
—En nuestro celo descansa,
que ha de admirar nuestra obra
la cristiandad asombrada.
—¡En buen hora á mi palacio
llegásteis! El cielo os guarda;
venid, en este aposento
trabajar podeis sin trabas.

Hé aquí los materiales,
oro, perlas, esmeraldas,
y la madera preciosa
de la Cruz inmaculada.
Quedad adios, peregrinos,
yo voy al templo á dar gracias
á la Santísima Vírgen
y á ofrecerle mi plegaria.»
Los magnates tras el Rey
luégo emprendieron la marcha,
siguióles la corte toda,
muchos guerreros y damas.
En la hermosa catedral
sagrados himnos se alzaban;
la voz de los sacerdotes
subia elocuente y grata
al trono excelso de Dios,
y el noble Rey entusiasta,
mezclando su puro acento
con aquellas voces castas,
hasta los cielos subian
en cánticos de alabanzas.
Los acordes religiosos,
las armonías sagradas
repetíanse en el templo
cual homenaje de un alma
que amor purísimo, ardiente,
y ternura rebosaba.
De la caridad emblema,
de la fe y de la esperanza

era el tributo amoroso
que entre nubes de oro y gualda
el casto Rey ofrecia
de su gratitud en aras.
Cesaron de los Obispos
las magestuosas plegarias,
y en los ámbitos del templo
aún sus notas resonaban.
Siguió la corte en silencio
tras su Rey que se levanta,
y con el rostro encendido
dirigíase á su alcázar.
Por un instinto del pueblo,
que venera á sus monarcas,
siguen al cortejo augusto
una multitud de almas.
El sol sobre ellos vertia
sus purpúreas llamaradas,
y gozosa la natura
presenta sus ricas galas.
El azul del firmamento
más rutilante brillaba,
y tras la célica bóveda
los ángeles baten palmas.
La sonrisa de la aurora
aún conserva la mañana,
y al murmurar del ambiente
el pueblo asturiano canta.
Y sigue tras de su Rey
con vítores y algazara,

y con anhelo vivísimo
penetran en el alcázar.
«¡La Cruz! ¡mostradnos la Cruz
que los peregrinos labran;
la adoraremos, en tierra
nuestra cerviz inclinada!»
Así gritaban las gentes,
en tanto que se llenaban
del palacio los salones
con multitud entusiasta.
Acércase el casto Rey
al sitio donde dejara
á los artífices santos,
y halló la puerta cerrada.
Mas no bien se retiró
dos pasos, cuando impulsada
por un misterioso empuje,
mostróse expedita y franca.
Penetran... mas al momento
retroceden asombradas
ante un milagro patente
aquellas trémulas almas.
Doblan la rodilla en tierra,
y en un grito de alabanza
prorumpen entusiasmados:
«¡Milagro! ¡milagro! claman.»
Se oyeron mil armonías,
y por el éter volaban
dos blanquísimas palomas
entre nubes de esmeralda.

Al penetrar en el cielo,
una música muy grata
se escuchó, y los serafines
entonaron el hosanna.
Mas ¿qué contempla aquel Rey,
aquella corte postrada?
¡Oh! mirad; el aposento
donde la Cruz se labraba
ilumina un resplandor
cual en noche oscura el alba.
Y suspendida en el aire,
vertiendo luces extrañas,
Está la célica Cruz
revestida de cien planchas
de oro purísimo y piedras
con gran primor engastadas.
Obra tan maravillosa
revela ciencia muy alta,
y su hechura no es posible
sea de persona humana.
Así murmura la corte,
y el Rey dice: «¡Es obra santa!
buscadme á los peregrinos...»
mas nadie los encontraba.
Portento tan milagroso
el pueblo acogió con ánsia,
y en su ardiente devocion
*Cruz de los ángeles* llama
al símbolo misterioso,
á aquella joya preciada

que aún hoy el pueblo de Oviedo
cual obra del cielo ensalza.

. . . . . . . . . .

La tradicion esto cuenta,
las crónicas lo relatan,
y de autores venerables
lo afirma la fe cristiana.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

# EL SUEÑO.

Perdone, señor Apolo,
que no le invoque en mis versos,
ni me acuerde de las musas
á quienes tanto respeto;
y mándeme, si es posible,
un bálsamo ó cocimiento
de adormideras, cogidas
en el jardin de Morfeo.
Entre modorra y letargo
voy á tratar del sujeto,
porque las cosas más grandes
siempre en el mundo se hicieron;
unas veces dormitando,
no pocas, en siete sueños.
En tanto que Adan dormia,
hizo Dios el bello sexo;
que, salvo mejor juicio,
es un prodigio estupendo.
En coro dicen los sabios
del gran cantor de los griegos,
que *dormitó algunas veces*:
pero yo, lector, sostengo

que si hubiera *más dormido*,
áun fuera más grande Homero.
¡Cuántas plumas no han cantado
las excelencias del sueño!
El buen Sancho nos las pinta,
filósofo á lo labriego,
diciéndonos: ser la capa
de todos los pensamientos;
manjar que nos quita el hambre,
frio que modera el fuego,
fuego que calienta el frio,
agua que templa al sediento,
moneda que todo compra,
balanza uniforme y peso
que iguala al rey con el rústico,
al simple con el discreto.
Otros muchos escritores
dijeron en prosa y verso
del sueño las maravillas,
las ventajas, los provechos,
y lo mucho que conviene,
dormir en cualquiera tiempo.
Jacob, camino de Haran,
recostado á sol traspuesto,
divisó la escala angélica
cuando estaba en siete sueños.
Allá en Egipto, el eunuco
que al rey sirvió de copero,
de su libertad ansiada
anuncio tuvo durmiendo.

Faraon, por sueños, supo
el porvenir de su reino.
El futuro, los profetas,
adivinaban durmiendo.
Confiesa el sabio Cardan
que sus mayores aciertos,
entre sábanas metido,
á la mente le ocurrieron.
Las mayores invenciones,
los grandes descubrimientos,
ó en sueños nos han venido
ó fueron llamados sueños.
Consejos, revelaciones,
avisos, presentimientos,
por casualidad muy rara
se nos dirigen despiertos.
En la vida de los santos
se ve el constante comercio
con que el alma, á duerme vela,
se entretiene con el cielo.
Desahuciados pecadores
de noche han visto el infierno,
tan vivo y á quema-ropa
que, creyéndose ya dentro,
el mal camino dejando,
á la virtud se acogieron.
Consultan con la almohada
los prudentes y discretos;
y la prueba más segura
de tener perdido el seso,

es pasar la noche en claro
en ausencias de Morfeo.
 Así que, lector amigo,
si oyes al vulgo nécio
decir: *ese está soñando*,
lo tendrás á buen agüero:
porque entónces, ni le turban
de aqueste mundo el estrépito,
ni le ofuscan las pasiones,
ni le distraen los objetos,
ni le inquietan alifafes,
ni le encocoran los nécios:
y es probable que dormido
alcance más que despierto.
 Y no es grande maravilla
que tome mayores vuelos
el alma sutil, en tanto
que duerme el pesado cuerpo:
que si el alma es su contraria
y súbdito de otro reino,
ha de vivir más la una,
cuando el otro viva ménos.
Demás, que es cosa admitida,
y desde niños sabemos,
que al alma de poco sirven
los ojos que tiene el cuerpo.
Y que ella tiene otros ojos
allá en el entendimiento,
con lo que atisba en lo oscuro
como lechuza ó mochuelo.

Al cerrarse las ventanas
de los sentidos del cuerpo,
como mujer de su casa
ella se recoge adentro:
pues como no tiene forma
ni color el pensamiento,
ni la verdad tiene traje,
facciones, sabor ní cuerpo,
con las compuertas cerradas
y desde el íntimo centro,
está el alma escudriñando
lo recóndito y secreto.
Por esto, cuando decimos
de alguno *que está despierto*,
porque mira, escucha, huele,
palpa y toca los objetos,
podrá ser que duerma entónces
más que bebedor flamenco,
porque el alma se derrama
por los sentidos abiertos,
cual rio que mil canales
tiene á diestro y á siniestro:
mas si duerme y se le cierran
los tales desaguaderos,
estréchase el ancho cáuce
por donde va discurriendo,
y en vez de extenderse, sube
con rápida fuerza al cielo.
Yo quiero, lector, que duerma
el flojo y cansado cuerpo;

pues lo que ha de ver, es visto,
que no enseña nada nuevo:
y que lo visto no pasa
de la nariz cuatro dedos;
y por no verlo otra vez,
más vale vivir durmiendo.
Con los negocios del mundo
no quiero ya más comercio,
pues sé lo poco que gano,
y sé lo mucho que pierdo.
Vivir quiero en soledades
en el más alto aposento,
donde el alma á sus anchuras
me pueda pintar panderos.
Bendito sea el generoso
y longanísimo sueño,
que lo que tengo me guarda,
y me da lo que no tengo.
Si poderes se me antojan,
luégo me ofrecen mil reinos;
y no he pensado ser rey
cuando ya me ha dado un cetro.
Si gusto en el ancho campo
pasarme la vida al fresco,
jardines me da, que Chipre
no los tuvo más amenos.
Si se me antojan palacios,
me los labra este arquitecto;
y como no me dá cuentas,
ni á él le cuesta el dinero,

yo en pedir, y él en labrar,
nos dividimos el tiempo.
Si lenguas de papagayos,
ó de pelícano sesos,
ó entrañas del ave fénix,
para comer apetezco,
no lo he dicho, y ya las oigo
en asadores friendo.
Trajes de rico brocado
en su guarda-ropa tengo,
sin más costo que decir
este quiero, este no quiero.
Con músicas me embelesa
sin ver ningun instrumento,
ni oirlos templar, que es cosa
que á mí me ataca á los nervios.
De doncellas no se diga;
pues me trae al retortero
peli-negras, peli-rubias,
de azules ojos y negros:
que ni dan suegras harpías,
ni ménos piden dinero,
ni tienen, como los gatos,
ese maldito defecto,
que oyendo *mis*, se las tocan,
y al *zape*, vienen corriendo.
Despierto no puedo hablar
más idioma que el casero,
y dormido, Dios bendito,
á todo el mundo lo entiendo.

Cuando estoy despabilado
me cansa subir un cerro,
el mar me produce arcadas,
y las alturas mareos,
y dormido, monte en monte
voy cruzando en raudo vuelo,
el mar me paso de un tranco,
ó me remonto á los cielos.
Despierto, no tengo fuerzas
para tenerme derecho,
y en sueños, todo un jigante
me parece un rapazuelo.
En suma: miéntras soñando
vivo, bebo, como, siento,
oigo, palpo, huelo, gusto,
salto, corro, me paseo,
sin temor de indigestiones,
cansancio ni aburrimiento:
sin censor que me critique,
sin ley que me ponga freno,
sin aduanas, ni resguardos,
á quien pagarles derechos.
Y ¿quién con estas ventajas
prefiere vivir despierto?
Dios bendiga el generoso
y longanísimo sueño,
recurso que tiene el pobre
para nadar en dineros;
ensanche que encuentra el alma,
cercada en mísero encierro.

Bien vengas á toda hora,
huésped lleno de misterios,
mina que jamás se acaba,
cofre que siempre está lleno,
dador que prendas no pide,
almacen de los deseos,
sastre que no cobra hechuras,
teatro de balde abierto,
medida del ambicioso,
libertad de los opresos,
bálsamo de los dolores,
invisible y sabio médico,
vara mágica de encantos,
alcahuete de los pechos,
rayo de la voluntad,
de los gustos despensero,
alquimista consumado,
que sin más simples que el viento,
da forma, sér y sustancia
á mundos varios y nuevos,
y saca todo del aire
al soplo de los deseos.
Bien hayas tú, plasmador
de tan brillantes objetos,
artífice que remedas
las maravillas del cielo.
Por tí la inmortalidad
de antemano conocemos;
vislumbramos lo infinito,
suspiramos por lo eterno;

y remedando la muerte
de los sentidos del cuerpo,
nos vas así acostumbrando
á la muerte que tememos,
y de otro más ancho mundo
nos enseñas los misterios.
Tú al alma del reservado
Eden eres un reflejo.
Tú rompes del orbe el límite
y sus leyes y decretos,
y otro mundo nos fabricas,
do no hay espacio ni tiempo.
Tú nos haces invisibles,
penetrables los objetos,
el aire sutil, pesado,
el cuerpo grave, ligero,
hacedero lo imposible,
concordantes los extremos,
lo cercano haces distante,
y acercas lo que está léjos.
En suma: tú eres un mago
que en visiones y embelecos,
te nos llevas media vida
de la breve que tenemos:
unas veces de buen grado,
otras veces por apremio.
¡Ay, sueño! cuando tú llamas,
no vale: «*Que no está el dueño*,»
ni sirven súplicas, llantos,
ni fuerzas de un briareo.

El delincuente en capilla,
el libertino en festejos,
el sabio en meditaciones,
en la ociosidad el nécio,
el cuerpo sano y robusto,
el cuerpo flaco y enfermo,
todos tributo te pagan,
todos conocen tu imperio.
Bien vengas, cuando vinieres,
vestido de azul de cielo,
de guirnaldas coronado,
con el semblante risueño,
despidiendo mil aromas
y entonando dulces ecos.
Así dicen que visitas
tus amigos predilectos:
Así apareces al niño
de amante madre en el seno:
Así tocas de la vírgen
el casto y tranquilo pecho,
y la envuelves en tu manto,
y la cubres con tu velo:
Así los párpados cierras
del hombre justo y sereno.
Mas ¡ay! que alguna vez llamas,
vestido todo de negro,
con dardo agudo en las manos,
con serpientes por cabellos,
la horrenda faz sanguinaria,
los ojos lanzando fuego,

la boca espuma, y los labios
amenazas profiriendo.
Del hombre justo eres gloria,
del malvado eres infierno.
Das reposo en pobre cama,
das martirio en ricos lechos.
Vengador y bienhechor,
de la conciencia el espejo,
lo que en su centro se agita
tú le vas reproduciendo
en imágenes formadas
con el vapor de sus cérebros,
y como imitas la muerte,
del juïcio eres remedo;
que pagas á cada uno
segun sus obras y méritos,
y lo que despierto busca
tú le concedes durmiendo:
ninfas bellas al amante,
ángeles al casto pecho,
al poeta mundos de oro,
libertad al prisionero,
al avaro sobresaltos,
al sabio conocimiento,
al agraviado justicia,
al navegante su puerto,
castigos al delincuente,
rico manjar al hambriento,
al asesino su víctima,
al ambicioso mil reinos.

Nadie acuse, por lo tanto,
al complaciente Morfeo,
que nos da, cuando dormidos,
lo que pedimos despiertos.
Allá cada cual se avenga,
vive Dios, y ande derecho,
que el retrato de la vida
suele parecer en sueños.
Y es cosa de muy mal gusto
echar la culpa al espejo.

NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA.

Lóndres, Abril 1879.

# EL ALCAIDE DEL MERCADO.

## (TRADICION SEVILLANA.)

En mil trescientos cincuenta
y en la ciudad de Sevilla,
perla de la tierra hispana,
de la gracia siempreviva,
ganada por San Fernando
y por el moro perdida,
comenzó á reinar un hombre,
hijo del que en las orillas
del Salado dió renombre
á su imperio de Castilla.
Sostiene Pedro primero,
de Alfonso once la valía,
y tales sus hechos son
y tanto ser bueno ansía,
que la nobleza revuelta
contra él la discordia atiza,
y el pueblo, siempre adivino,
con Don Pedro se afilía.
Mas como el pueblo está siempre
bajo las prerogativas
de su derecho legítimo,
no faltan almas indignas

que en pos del poder feudal
la casa del pueblo minan.
Es el buen rey castellano
de Córdoba y de Galicia
tan dado á los escarmientos
que le ordena su justicia,
que en hallando un delincuente,
dentro de su hacienda misma
pone el escarmiento en juego
para que no se repita
el crímen, y así pretende
que su poderío afirma.
Mas no faltan cortesanos,
que unidos con la familia
de sotanas embusteros
y de tonsuras hipócritas,
por mantener alcabalas
y dar á su empeño cima,
al bastardo Don Enrique
prodiguen rentas y dádivas;
por eso está ardiendo en bandos
diariamente Sevilla,
y por eso el rey padece,
y por eso el pueblo grita.

II.

En una estancia apartada
del edificio severo,
alcázar que aún nos asombra,
asombro que áun tras el tiempo

de gloriosa recónquista
y fanatismo grosero,
es irrecusable prueba
del arábigo talento;
ahogándole el corazon
y crugiéndole los huesos,
á solas hablando, huella
el mosáico pavimento
ese rey aterrador
que llaman Pedro primero.
Sevilla está alborotada,
ayer no halló pan el pueblo,
ni áun pagado á peso de oro;
y hoy es el mal tan intenso
que ni un pedazo de carne
hay del mercado en los puestos.
—¡Traidores! clama el buen rey;
¿si os estorba mi derecho,
por qué no lo disputais
mostrando la faz al hierro?
Sois cobardes, y engrosando
la bolsa de los perversos
judíos, raza maldita
que á Dios clavó en un madero,
me haceis la guerra á la sombra
de los míseros plebeyos;
pero vive Dios, yo os juro
por mi sangre y por mis huesos,
que el que tope en la emboscada
pasto ha de ser de mis perros.—

Y del coraje que siente
á los impulsos violentos,
su puño choca en la mesa
con ademan justiciero.
—¡Hola! aquí mis servidores,
donceles y ballesteros,
ricos homes de mi casa,
venid á mí si sois buenos,
que he de probar ante el mundo
que no doblegan mi cuello
ni las viles asechanzas
de los bastardos esfuerzos,
ni excomuniones terribles,
ni mal ocultos aceros.
Hola, Juan Diente, Alvar Nuñez,
Pero Gil, Gonzalo Recio,
aquí, que hoy es bello dia
para el tigre carnicero.
Carne hace falta en Sevilla,
pues bien, por la carne iremos.—

III.

A las puertas de palacio
la multitud agolpada,
oculta inícuos puñales,
ó blande nobles espadas.
Todos piden de su rey
ver la sangre derramada,
y de Enrique recordando
la política bastarda,

«¡Muera Pedro¡» vociferan,
«¡viva, dicen, Trastamara!»
Pero de pronto, las puertas
rechinando del Alcázar,
se presenta el rey Don Pedro,
desnudo de peto y mallas,
y las olas de aquel mar
que rugiente amenazaba
ser sepulcro de la tierra,
se humillan con la mirada
del justiciero que empuña
lívido su partesana.
—Paso, dice, y por los suyos
guardado pecho y espaldas,
en silencio general
llega á la espaciosa plaza
en donde el pueblo se surte
de la carne codiciada;
cárdena la faz, pregunta
dónde el alcaide se halla
que de aquestas cosas tiene
la mision encomendada.
Acércase el requerido,
en cuya faz no retrata
ni el miedo su palidez,
ni la traicion su asechanza;
y de este modo platican
el alcaide y el monarca:
—Por cierto, para traiciones
no hace falta empuñar vara.

— ¿Hablais conmigo, señor?
—Pues si la carne hace falta,
y á vos está encomendado
que la prodigueis sin tasa,
¿con quien he de hablar? —Pues digo,
señor rey, que erré al tomarla.
—Horcas hay para el error.
—Entónces una os aguarda.
—¡Vive Dios! —Viva la Vírgen,
y viva cuanto os dé gana,
pero si me condenais
sin escuchar mis palabras,
¡no sé por qué presumís
de no haber errado nada!
— ¿Eso á tu rey le contestas?
— Eso mi lengua proclama,
y no se extrañe mi amo,
pues si el valor le da fama
y da ejemplo en sus vasallos
de rectitud bien probada,
seguir el ejemplo suyo
es lealtad, nunca infamia;
y porque veais mejor
si son ciertas mis palabras,
os diré que el pueblo pide
carne sin razon sobrada,
pues ni yo falto á mi cargo,
ni la carne le hace falta.—
Y esto diciendo, corrió
con firme y rápida planta,

los encubiertos cajones
de la carnicera plaza,
y corriendo las cortinas
de las asquerosas tablas,
mostró al concurso asombrado
de aquel dia la matanza.
Pendian miembros humanos
de las sangrientas escarpias;
miembros de los carniceros
que los traidores compraran.
— Éstos eran los culpables,
señor, aquí están mis canas.
Pálido tornóse el rey
al ver accion tan gallarda,
y diciendo: —Obraste bien
y eres digno de mi raza;—
tornóse á palacio, en tanto
que la multitud callada,
las espadas envainando,
los puñales arrojaba.

—

Desde entónces dícese
que las lenguas de la fama
publican, que en la ciudad
carne muerta no hace falta;
que cuando los funcionarios
cumplen las leyes dictadas,
ni se sublevan los pueblos,
ni las coronas se arrastran.

Pedro Marquina.

# LA DERROTA DE ZALACA.

Cubierto el disco del sol
de rojo color estaba,
de rojo color de sangre,
que sólo sangre alumbrara
en aquel aciago dia
en que las armas cristianas
fueron por las agarenas
vencidas y mancilladas.
Terrible y devastadora,
empuñando la guadaña,
dispuesta á segar el fruto
que maduran las batallas,
se posesionó la muerte
de los campos de Zalaca,
para cubrir con su manto
de luto, dolor y lágrimas,
aquella fértil llanura
que invaden las huestes bárbaras
de Yussuf el africano,
que nuevo Atila le llaman,
por el ímpetu salvaje

que desplega en las jornadas;
pues el terrible caudillo
era el terror de la España,
y sus feroces guerreros
de las playas africanas,
rayos de fuego en la guerra,
tigres sangrientos en calma.
¿Qué se hicieron, rey Alfonso,
tus brios, tus algaradas,
el valor con que á Toledo
arrogante emanciparas
de las garras sarracenas,
y presa tan codiciada
devolvistes á Castilla
ganando tu prez y fama?
¿Quién abatió tus pendones?
¿Quién dispersó tus mesnadas?
¿Quién desgarró tus banderas?
¿Quién, humillando tus armas,
segó el cuello de tus leudos
con la corva cimitarra?
Yussuf, el temible Yussuf,
el leon de Mauritania,
de cuyas salvajes hordas
la ciega cólera arrastra,
cual desbordado torrente
que baja de la montaña
cuanto á su paso se encuentra,
y terrible y despiadado,
marcha sembrando la muerte

en las tropas castellanas.
Valientes, como leones,
los cristianos peleaban
con los hijos del Coran
de la falanje africana;
mas ¿qué importa la bravura,
cuando la fortuna avara
á los que ayer sonriera
hoy les vuelve las espaldas?
Corren torrentes de sangre
en que la tierra se empapa;
los cascos de los caballos
pisan las enseñas santas
que alzaron en *Covadonga*
los hijos de las montañas.
Huyendo van los caudillos
que las banderas cristianas
tantas veces mantuvieron
inhiestas y levantadas.
El horror de la tormenta
hace más duras las ánsias
de los cristianos vencidos,
y todo es vergüenza y rabia.
¡Qué triste noche te espera,
rey Alfonso! ¡Tú que marchas
receloso y fugitivo!
Tus enemigos te alcanzan:
ya te acechan, ya te cercan;
de tu caballo las ancas
sienten el cortante acero

de las musulmanas lanzas;
y si á Toledo no llegas
ántes del toque de ánimas,
si están cerradas sus puertas,
si sus guardias te rechazan,
rey Alfonso, prisionero
de las huestes africanas,
morirás como Rodrigo
el amante de la Cava,
que perdió el cetro y la vida
del Guadalete en las aguas,
y Yussuf, como Tarik,
será el dueño de la España.
Corre, corre, rey Alfonso,
que en los campos de Zalaca
quedan cien mil nazarenos,
hijos todos de tu raza,
prisioneros del caudillo
que vino en hora menguada
á dar ayuda á los suyos
desde las ardientes playas.
Corre, corre, rey Alfonso;
ya terminó la batalla,
y ¡ay de Toledo! si el moro,
envidioso de su alcázar
y de su risueño Tajo,
el de la arena dorada,
quiere hacer de ella su corte
y llamarla su sultana.

Negra se acerca la noche
para cubrir con su manto
los horrores del combate,
de la lucha los estragos.
En los campos de Zalaca
hay cincuenta mil cristianos,
ó muertos, ó prisioneros,
que vencidos han quedado
por las musulmanas gentes,
y presa son del espanto
aquellos que sobreviven
mirándose derrotados,
desgarradas las enseñas
del rey Alfonso, y que osado
el africano caudillo,
publica el edicto bárbaro,
por el cual de sus legiones
se convierten en esclavos
villanos y caballeros,
sacerdotes y soldados.
¿No triunfará ya la cruz?
¿No será el lábaro santo
estandarte de victoria
del ejército cristiano?
¿Será la España morisca,
y aquel esfuerzo bizarro
de los bravos montañeses,
de los hijos de Pelayo,
se habrá hundido para siempre
en las orillas de Tajo?

¿Cómo pintar los dolores
de aquellos guerreros bravos
al mirar sus estandartes
que á los piés de los caballos
sirven de enlodada alfombra,
hechos girones y harapos?
Unos mesan sus cabellos,
otros se anegan en llanto,
pidiendo al cielo la muerte
como el don más estimado.
Orgullosa la morisma
insulta á los desgraciados
y los apellida perros
entre amenazas y escarnio.
Por un horrible decreto,
el vencedor mauritano
manda que inmediatamente
á los vencidos cristianos
se les corte la cabeza,
y trofeo ensangrentado
dé noticia de sus triunfos,
las murallas coronando
de Sevilla y de Valencia,
Badajoz, Murcia y Almagro,
y de las demas ciudades
que obedecen su mandato.

---

En una lujosa tienda
con púrpura levantada,

de rojo alquicel vestido,
con joyas y ricas galas,
yace el caudillo africano
rendido por la batalla.
Perlas bordan su turbante,
rubíes su cimitarra,
tiene el semblante risueño,
y con sus caudillos habla
de los sucesos pasados,
de la victoria alcanzada,
de los honores del triunfo,
de la ruidosa algazara
con que celebran sus huestes
la derrota consumada
del monarca castellano
y de sus tropas bizarras;
que en su vida de soldado,
tan gloriosa, como larga,
el vencer al rey Alfonso
en los campos de Zalaca,
es de todas sus victorias
el triunfo que más le halaga.
Por la fortuna mecido
entre dichas y esperanzas,
y músicas y perfumes
y canciones regaladas,
que al son de sonoras guzlas
le murmuran sus esclavas,
duerme el bey afortunado
que nadie turba su calma.

Mas ¿quién es el atrevido
que se presenta en la entrada
de la tienda de Yussuf,
el leon de Mauritania?
Vestido viene de luto,
mensajero es de desgracia,
y al caudillo vencedor
le trae la nueva infausta
de que la luz de sus ojos,
la alegría de sus canas,
el hijo de sus amores,
la flor más bella del África,
que se mecia gentil
en tallo de ricas galas,
por el ángel de la muerte
acaba de ser cortada.
Apénas escucha el moro
esta noticia nefasta,
olvidado de los triunfos
obtenidos por sus armas,
los prisioneros cristianos,
las poblaciones ganadas,
la embriaguez de los combates
y la victoria alcanzada;
manda levantar el campo,
alzar las tiendas, y en alas
de su paternal dolor,
vuela camino del África
á llorar sobre el cadáver
del hijo de sus entrañas.

Allá le siguen sus huestes;
miéntras renace la calma
en los campos de Castilla.
El derrotado monarca
vuelve á salir de Toledo
al frente de sus mesnadas,
recobrando lo perdido,
y sus triunfadoras armas
á los caudillos cristianos
infunden nueva esperanza.
Una á una se suceden
cien victoriosas jornadas,
y viendo tales sucesos,
el rey Don Alfonso exclama:
«Fué providencial sin dud
la derrota de Zalaca.»

SOFÍA TARTILAN.

## D. RODRIGO EN LA HORCA.

«Pícaros hay con fortuna
de los que conozco yo
y pícaros hay que no.»
(QUEVEDO.)

(1616.)

Caballero de Santiago,
y comendador de Ocaña,
noble conde de la Oliva
y capitan de la guardia
que llama el pueblo *tudesca*
por ser la guardia alemana;
privado del favorito
del rey y señor de España,
y marqués de Sieteiglesias
con regimientos y gracias
y derechos y poderes
y rentas sobre alcabalas
que paga el pueblo rabiando
y maldiciendo al que manda.
Esto al page Don Rodrigo

el dùque de Serma alcanza,
porque es honrarse á sí propio
honrar á los de su casa.
Con él parte beneficios,
el favor y la privanza;
pero es mayor su soberbia
y su ambicion es más alta,
que su protector le estorba
y el camino le embaraza.
Tanto el orgullo le ciega
y la vanidad le exalta,
que por ensalzar su orígen
llega hasta la estravagancia
de llamarse adulterino
hijo del gran duque de Alba,
puesto que nació en Amberes
de gente buena y honrada
si no de apellido ilustre
por su blason y sus armas.
El válido del de Lerma
al rey seduce y engaña
y son leyes sus caprichos
que dicta al pueblo el monarca.
Los beneficios se venden
al que más por ellos paga,
que es granjería el gobierno
entre las gentes villanas.
Calderon propone oficios,
y con frecuencia se alaba
de que ni el mismo Felipe

gobierna si él no lo manda.
Así á los grandes ofende
y á los pequeños agravia.
Al rey no llegan lamentos
del pueblo á quien se desangra,
ni consejos de leales,
ni acusaciones, ni sátiras,
que á envidia de los caidos
Felipe Tercero achaca,
pues Calderon y el de Lerma
disfrutan su confianza.
Cierto dia en que la corte
fiestas reales celebraba,
tras de la funcion de toros
encontráronse en la plaza
de Madrid, dos capitanes,
uno de guardia alemana
y otro de guardia española:
no se sabe por qué causa,
mútuamente se ofendieron,
y apelando á las espadas,
vió Don Fernando Verdugo
á Don Rodrigo sin armas.
El lance sirvió de tema
para romances y jácaras,
y cuando supo el suceso
escribió Villamediana:
¿«Pendencias con Verdugo y en la Plaza?
Mala señal, por cierto, te amenaza.»

(1619.)

En Valladolid se amparan
el de Lerma y Calderon,
que el rey Felipe Tercero
de privanza los privó,
ó de su error convencido
ó cansado de los dos,
que es la veleidad achaque
muy frecuente en el varon,
y si el varon es monarca
es el achaque mayor.
Celebra el pueblo gozoso
tan justa resolucion,
y á Don Rodrigo maldice,
que á Valladolid partió,
«escapando con cabeza
por ser el rey bonachon.»
Extraordinaria sorpresa
Valladolid recibió
al saber que á Don Rodrigo
es reducido á prision,
y que á Montanchez le llevan
por órden que el rey les dió,
y á Santorcaz y á Madrid
con extremado rencor,
encerrándole en la casa
que en otro tiempo habitó,
hora en cárcel convertida
por la voluntad de Dios.

No en balde soñó el valido
sueños de luto y horror,
y á una humilde religiosa
lo porvenir consultó:
bien su horóscopo funesto
la hermana dijo al traidor
que respecto á su desgracia
buscaba la salvacion:
«Mejor habeis de salvaros
esperando al fin mejor.»
—¿«La discreta profecía
á qué fin se refirió?»
Esto pensó Don Rodrigo
al verse en tal situacion;
y por si era el fin la muerte
á morir se preparó.
A bien que ocultó con maña
sus alhajas de valor,
pensando más en lo humano
que en lo que nunca pensó.
«Si vuelvo un dia á la gracia
y el monarca sucesor
fiaba en mí como su padre
las riendas de la nacion,
he de hacer tal escarmiento
en el que así me venció,
que deje eterna memoria
de Rodrigo Calderon»
Miéntras él así pensaba,
el proceso comenzó:

acúsanle, como jueces
Luis Salcedo y otros dos,
de algunas hechicerías
y de asesino á traicion
del maestro Luis de Aliaga
el ilustre inquisidor,
y del jesuita Suarez
y otros varones de pró;
que dió un tósigo á la reina
añade la acusacion;
y aunque por estos delitos
más tarde se le absolvió,
por no hallar los comprobantes
que mostraran la razon;
á muerte fué sentenciado
por los dos que confesó,
la muerte de Agustin Avila,
segun la declaracion,
y la de Francisco Xuara
que fuera su servidor,
y en otros crímenes feos
de instrumento le sirvió.
El rey para tales casos
cédulas dió de perdon,
que el marqués de Sieteiglesias
á don Felipe hechizó.
Esto resulta en la causa
y fué la condenacion
á muerte, por los delitos
que en el potro confesó.

(1621.)

Bien, al morir don Felipe,
Calderon dijo al de Lerma:
»Muertos seremos nosotros
que ya no hay quien nos defienda.»
Mas no pensó el favorito,
hablando de esta manera,
que la muerte que anunciaba
fuese la muerte en afrenta;
si perder del valimiento
las esperanzas postreras,
mas no entregar en la plaza
al verdugo la cabeza.

. . . . . . . . .

En 19 de Octubre
oye leer su sentencia,
y viendo su fin cercano
y sus delirios por tierra
á la religion acude,
que conserve su entereza,
su espíritu fortifique
y serene su conciencia.

. . . . . . . . .

Dos dias despues, le aguarda
la comitiva á la puerta
de aquel un tiempo palacio
y hoy cárcel dura y estrecha.
Plaza de Santo Domingo

que en dias pasados llenan
criados y pretendientes
esperando al que gobierna;
al que á su antojo reparte
ó segun paga el que espera,
oficios y beneficios,
dignidades y encomiendas.
Hoy tambien la llena el pueblo,
una multitud inmensa
acude á ver cómo el reo
sufre la infamante pena.
En secreto se ha tenido
para que pocos lo entiendan,
pero pronto se divulgan
desdichas y malas nuevas.
La muchedumbre apiñada
se ve en toda la carrera,
y ventanas y balcones
llenos se ven de cabezas.
Con capuz y caperuza
don Rodrigo se presenta,
y un rumor sordo se estiende
en toda la concurrencia,
como en el agua las ondas
bajo el peso de una piedra.
Atado de piés y manos
sobre una mula le asientan,
y parte la comitiva
en esta suerte dispuesta.
Las cofradías delante

y el pregonero con ellas,
que de trecho en trecho grita
del reo causa y sentencia.
Detras van los alguaciles
y luégo el de Sieteiglesias.
Crecidos cabello y barba,
la mirada descompuesta
y al ver á la muchedumbre
sufre, llora, teme y reza.
Agolpado ya en la Plaza
el pueblo con ansia espera;
allí se eleva el tablado
sin tapiz y sin bayetas,
que por ser quien es el reo
ni luto los jueces dejan.
Llega Rodrigo á la Plaza
y los murmullos aumentan;
con él va el padre Pedroza,
aquella insigne lumbrera
que con su amistad le honraba
y con su fe le sustenta;
aquel que fué perseguido
porque, con lengua severa,
escándalos de la corte
desde el púlpito condena.

. . . . . . . . . .

Ya se sienta en el banquillo
el marqués de Sieteiglesias,
y á Dios y á los religiosos
pide perdon é indulgencia.

Lágrimas brotan sus ojos;
el fiero instante se llega,
y el verdugo Pedro Soria
del reo el perdon espera,
Abrázale don Rodrigo
y libre el cuello le entrega
diciendo, al ver que á su espalda
Pedro Soria se le acerca:
«Eso no, matad de frente,
que tal muerte fuera mengua.»

. . . . . . . . . . .

El afilado cuchillo
cortó la frase postrera...
Y el pueblo despavorido,
llorando de allí se aleja;
el pueblo que en otros dias
al favorito condena,
va diciendo por las calles:
»¡La privanza cómo ciega:
no es justicia, que es venganza,
la que dictó tal fiereza.
Mal haya Felipe Cuarto
si de esta suerte comienza!»

EDUARDO DE PALACIO.

# Á LA LUNA.

Pálida antorcha diáfana
de cristal trasparente,
que en el ambiente fúlgida
tus lumbres encareces.
Manda á mis turbios ojos
rayos que te reflejen,
porque á mi vez te hiera
ya que tu luz me hiere.
Ojalá que mil nubes
en el cielo se muestren,
y me oculten tu cara
y así sea por siempre.
Y ya que brillas, cuando
todos los hombres duermen,
solo porque envidiosa
al par del sol no quieres,
quítate de ese puesto
que usurpadora obtienes,
porque vela mi Clóri,
que es un sol esplendente;
sol ante cuyos rayos

las almas se estremecen:
cuida de que fijando
sus ojos en tu frente,
te abrasen los amores
que en sus pupilas duermen;
cuida, que si te mira,
ya la querrás por siempre,
que son flechas sus ojos
que hasta las peñas hieren.
Así me ha sucedido
por ufanar valiente,
y para mayor pena
me mata ella á desdenes.
Pálida antorcha diáfana
de cristal trasparente,
que en el ambiente fúlgida
tus lumbres encareces:
¡antes que la envidia
con sus alas te cerque,
aléjate solícita
de mi Clóri que duerme!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Madrid 29 de Junio de 1878.

# UNA NOCHE TOLEDANA

## Romance histórico.

### I.

Al frente de grandes fuerzas
el rey Al-Haken de Córdoba,
bravo califa, directo
descendiente de Mahoma,
á marchas forzadas iba
caminando hácia Pamplona
para enfrenar de un vasallo
las revueltas sediciosas.
Descansaba en un villorrio,
sentado en su tienda mora,
departiendo cierto dia
con Amrú, jefe de nota
en las huestes musulmanas
por su nombre y sus victorias,
cuando le llegaron pliegos
urgentes de Tolaitola (1).

(1) Toledo.

Abriólos, en ellos fija
la mirada codiciosa,
y de pronto por su frente
pasó una ligera sombra;
y volviéndose al caudillo,
que le observa con zozobra,
—Toledo se ha rebelado,—
díjole al fin con voz ronca,
—contra el Wazir vuestro hijo,
que aunque es vuestra sangre propia,
no tiene como debiera
la prudencia que os abona.
Y para evitar los males
que su insensatez provoca,
la nobleza toledana
lo guarda en una mazmorra.
Oyólo el guerrero, presa
de agitacion viva y sorda,
mas disimulando cáuto
el ódio que en él rebosa,
—¿Qué suerte espera al mancebo?—
preguntó con calma estóica.
—A deciros lo que juzgo
no es suya la culpa toda,
que cargas de tanto peso
no son para gente moza.
Dad órden para que sea
conducido sin demora
á la frontera, entre tanto
que se acude á lo que importa.

—Por la sangre que he vertido
en cien empresas gloriosas,
pediros quiero una gracia.
—Ya mi palabra os la otorga.
—Pues bien, mandadme á Toledo
á dar fin á la discordia:
borren hoy cabezas cuerdas
faltas de cabezas locas.
—Pésame esta marcha; empero
tengo una palabra sola.
Idos y Allah os acompañe
y bendiga vuestras obras.—
Gozoso Amrú se levanta,
la altiva cabeza dobla
ante el hijo del Profeta;
en su mano poderosa
imprime un ósculo humilde;
y con faz sombría y torva
abandonando la tienda
al arma á sus gentes toca.

. . . . . . . . . . .

Pocos momentos más tarde
en bien ordenada tropa,
y entre una nube de polvo
que hasta el cielo se remonta
á impulsos de una carrera
rápida, vertiginosa,
Amrú con todos los suyos
hácia Toledo galopa.

## II.

Ya está el Wazir en Toledo,
ya á la nobleza convoca,
y entre fiestas y entre zambras
esconde su fe traidora.
La sangre que por sus venas
circula es letal ponzoña,
y el ódio en él es la muerte
que ni olvida ni perdona.
Ya conoce á los que osaron
profanar con la derrota
de un vástago de su estirpe,
su dignidad y su honra;
y busca para vengarse
ocasion propiciatoria,
callado como una tumba
y mudo como una roca.
Nuevas en esto recibe
que de júbilo le colman,
de la llegada del hijo
de Al-Haken, el rey de Córdoba,
que por órden de su padre
se dirige á Zaragoza.

## III.

Sobre un cielo oscuro y triste
que las nubes encapotan,

lentamente va tendiendo
la noche sus densas sombras.
Toledo duerme tranquila,
arrullada por las ondas
del ancho Tajo, que pasan
modulando cadenciosas
canto triste y melancólico
de prolongadas estrofas.
Todo es misterio y silencio
en las calles tortuosas
de la ciudad de los godos,
reina del árabe ahora,
que mirándose en el rio
y en su vega deleitosa,
respira las frescas brisas
impregnadas en aromas.
Sólo en torno á las callejas
que en la plaza desembocan
del alcázar, reina viva
animacion, bulliciosa.
Envuelta en los alquiceles
que al viento tendidos flotan,
descubriendo al desplegarse
la elegancia de las formas,
á las puertas del alcázar,
en son de fiesta y de pompa,
innúmera muchedumbre
de sarracenos se agolpa.
Todos son de la nobleza,
cual marcan sus ricas ropas,

su bizarro continente
y sus cimitárras corvas.
Y allí todos convocados
por el Wazir en persona,
van á festejar al Príncipe
con preseas y con joyas.
Pero ¡ay! apénas penetran
por las salas espaciosas,
donde en vez de ardientes luces
solo ven tinieblas lóbregas,
son arrastrados al fondo
de cueva negra y hedionda,
en que el eco solamente
sus maldiciones les torna.
De pronto un paso agitado
resonó bajo la bóveda,
y rechinando los goznes
de una puerta misteriosa,
salió Amrú, que prorumpiendo
en carcajadas sardónicas,
murmuró:—Con ellos fuera
crímen la misericordia.
Es fuerza que se difunda
por palacios y por chozas
cómo venga sus agravios
el que como yo se nombra.—

IV.

Huye la noche sombría
y el sol en Oriente asoma;

despierta el dia y Toledo
despierta tambien gozosa.
En el barrio populoso
donde hoy está San Cristóbal,
todo se mueve y agita,
todo vida nueva cobra.
Mas súbito se oye un grito
de la multitud absorta,
que resuena pavoroso
en las calles más remotas.
Clavadas en las almenas
están fijas y espantosas,
entre sangre coagulada
que sus facciones trastorna,
las cuatrocientas cabezas
inmoladas á la cólera
del salvaje mahometano;
allí lívidas pregonan
de *una noche toledana*
las tristezas y congojas
que con rojos caractéres
grava el pueblo en su memoria.

EUGENIO DE OLAVARRÍA (HIJO).

# LA TORRE DEL CLAVEL.

(En Salamanca.)

## I.

Monumento de los tiempos,
centinela de los siglos,
muda página, olvidada
del libro del feudalismo;
solitario torreon
cuyo nombre peregrino
es el tormento del sábio,
es el encanto del niño;
cuando la luna abrillanta
del Tórmes el cristal limpio,
y acaricia con sus rayos
tu pardo muro macizo,
contemplaba yo de léjos
tu misterioso recinto,
soñando con los dolores
de otros hombres y otros siglos;
y escuchaba en el espacio
los acentos doloridos

de los séres, que habitaron
tu misterioso recinto,
y te dejaron por muestra
de su fuerza y poderío.
¿No me dirás, muda torre,
el fiero pendon que se hizo
tremolado en tus almenas
cual cartel de desafio?
¿No me dirás dónde están
de tu orgulloso caudillo
los palacios señoriales
de que eres fragmento vivo?
¿No me contarás la historia
de tus señores altivos,
ni alguna triste leyenda
de tus muros carcomidos?

## II.

«Mi leyenda es la del hombre;
mi historia la de los siglos;
y el de todos los poderes
en la tierra mi destino.
Fuí jigante torreon
flanqueando el muro altivo
del castillo señorial
atalaya de los siglos.
Mi inexpugnable poder
el pobre siervo oprimido
contemplaba con terror,
y con gloria, mi caudillo.

La sombra de mis almenas
tornaba triste y sombrío
al infelice vasallo,
víctima del feudalismo.
De mis muros se alejaba
lijero y medroso el niño,
y su canto interrumpía
á mi vista el pastorcillo.
El pueblo, que se amparaba
de mi poder al abrigo,
vejetaba como campo
falto de sol y rocío.
Cual la losa del sepulcro
sobre el enterrado vivo,
pesaba sobre el vasallo
mi soberbio poderío.....

. . . . . . . . . .

Hoy, soy ya monton de piedras
que ha conservado el capricho
del tiempo, por hacer mofa
acaso de mi destino.
Y el pueblo á quien humillaba,
y que á mi planta rendido,
vi, mi poder acatar,
reverenciar mi dominio,
ese pueblo crece, crece,
y ya jigante le miro
levantar su altiva frente
del espacio en lo infinito.
En vano bajo mil formas

imponérsele ha querido
el yugo, y con nuevas trabas
coartarse su albedrío.
  El, crece siempre, y sacude
valiente su yugo indigno,
y sus fuerzas se duplican,
y las cadenas y grillos
que un dia le aherrojaron
en polvo se han convertido.
  Los castillos señoriales
huella ya con pié atrevido;
y su justicia nivela
al príncipe y al mendigo.
  Hoy, su poder no consiente
ningun otro señorío,
y los derechos proclama
que de Dios ha recibido.
  Hoy, aquel enano pueblo
en jigante convertido
se llama señor del mundo,
y de libertad al grito,
ahoga en sus fuertes brazos
para siempre al despotismo.»

## III.

  Monumento de los tiempos,
centinela de los siglos,
muda página olvidada
del libro del feudalismo,

y del poder señorial
irrecusable testigo;
hoy eres monton de piedras
que ha conservado el capricho
del tiempo, por hacer mofa
acaso de tu destino;
por obligarte á que escuches
en el reloj de los siglos,
sónar la hora fatal
que humilló tu poderío,
y contemples con despecho
en talleres convertidos
los palacios señoriales
de que eres fragmento vivo.
Hoy ves, como otro poder
ha tu poder abatido;
hoy, la herencia de los grandes
los pequeños han cogido.

RAFAEL LUNA.

# LA PENA NEGRA.

TRADICION.

## I.

A cinco leguas de Múrcia
se encuentra un extenso valle,
cuyas flores fecundizan
las aguas del manso Tháder.
Siempre azul su cielo brilla
sin importunos celajes,
siempre sus áuras perfuman
y cantan siempre sus aves.
Limitando el horizonte,
abrupta sierra levántase,
y á su pié, cerca del rio
cual si quisiera atajarle,
descansa una enorme peña,
que fué de aquellos lugares,
en otro tiempo, el fantasma
terror de chicos y grandes.
La *Peña negra* la llaman,
y así merece la llamen,

pues negras historias cuentan
de aquella mole gigante.
Unos dicen que ocultaba
una cueva impenetrable,
que era de trasgos y brujas
el misterioso aquelarre;
cuentan otros que, del cielo,
una niña como un ángel,
bajaba todas las noches
sobre la *Peña* á posarse;
que ocultaba un gran tesoro
hubo quien asegurare,
y no faltó quien dijera
que á su pié brotaba sangre.
La curiosidad llevóme
hácia la *Peña* una tarde,
y su tradicion, á un viejo
le supliqué me contase.
Satisfizo mi deseo
el anciano en el instante,
y á copiar voy su relato
sin ponerle ni quitarle.

## II.

Envidia dando á las rosas
con las rosas de su cara,
con unos ojos azules
que el claro cielo retratan,
flotando sus trenzas de oro

sueltas á merced del aura,
y con un alma tan pura
como el sueño de la infancia,
creció Pilar, y con ella
la envidia de las muchachas,
y la admiracion de todos
los mozos de la comarca.
De entre ellos uno, Jacobo,
despertó al amor el alma
de Pilar, y á su cariño
le dió su pecho morada.
Él apuesto y ella hermosa,
él sencillo y ella cándida,
ella en él cifró su dicha
y él en ella su esperanza.
Cuando al terminar el dia
triste la noche llegaba,
iban Pilar y Jacobo
á la *Peña* solitaria,
y, al pié de ella, sus amores
y sus sueños se contaban;
y, cual al cielo se eleva
de las flores la fragancia,
sus promesas de cariño
hasta el cielo se elevaban.
Pero ¡ay! que, en aciago dia,
puso en el valle la planta
cierto conde, de la corte,
que á Múrcia se encaminaba;
vió á Pilar, y su hermosura

le inspiró pasion satánica,
y al ver que ella desoia
sus amorosas palabras,
y que sólo por Jacobo
su corazon palpitaba,
juró vengarse de entrambos
y, por lograr la venganza,
presa de fatal locura,
le ofreció al Diablo su alma.

## III.

Era de noche: la luna,
cual lámpara suspendida
en el espacio, á la tierra
su opaca luz dirigía.
Todo era calma en el valle,
sólo el rumor de la brisa
rizando el agua del Tháder
el silencio interrumpía.
En tanto, junto á la *Peña*,
testigo fiel de sus citas,
Jacobo y Pilar soñaban
mirando próximo el dia
en que, al pié de los altares,
en estrecho lazo unidas
sus almas, al fin lograran
fundirse en un alma misma.
Súbito, la enorme *Peña*
de su asiento desprendida,

cual empujada al averno
por una mano maldita,
girando sobre su base
cayó, y ¡ah! en su caida,
tumba ofreció á los amantes
bajo su mole sombría.

. . . . . . . . . .

Una carcajada horrible
murmuró el conde homicida,
y... ¡muerto junto á la *Peña*
lo encontró la luz del dia!

## IV.

Desde esa noche sangrienta
huyó del valle la paz;
y es fama que, entre las sombras,
su ventura á recordar,
sobre la *Peña* descienden
desde el cie.o, donde están,
las almas enamoradas
de Jacobo y de Pilar.

CÁRLOS CANO.

# CERVANTES, SOLDADO.

## LA BATALLA DE LEPANTO.

Los hechos he de cantar,
porque los digan mil lenguas,
del español más ilustre
que empuñó pluma y rodela;
de aquel que el mundo acredita
que fué un Roldan en la guerra,
un Hércules en trabajos,
un Apolo en la elocuencia,
inimitable en la gracia,
de la urbanidad escuela,
sereno en la adversidad,
resignado en la pobreza,
orgullo y gloria en su patria
y envidia de las ajenas.
Nació en Alcalá de Henares
Miguel Cervantes Saavedra,
al décimo sexto siglo
de nuestra cristiana era:
cuando de España al zenit
llegaba su buena estrella;

cuando eran poco dos mundos
para su altiva grandeza;
cuando la ley daba á Europa
en los campos y academias;
cuando el sol no se ponia
para sus mares y tierras;
cuando era el ser español
la mayor de las noblezas.
Nació de padres hidalgos,
dotado de grandes prendas:
que en lo que faltó fortuna,
sobró la naturaleza.
Hízole discreto, afable
y de gallarda presencia;
cortés, valiente, ingenioso,
y suma de gentileza.
De muy niño, la poesía
cautivó su inteligencia;
mas ansioso de ver mundo
y de adiestrarse en su escuela,
marchó á Italia, esperanzado
de adquirir fortuna y ciencia:
dos cosas que, por desgracia,
rara vez corren parejas.
Recorrió en tierras de Italia,
Módena, Parma, Florencia,
Messina, Luca, Milan,
Nápoles, Ancona, Génova,
Palermo, Pádua, Ferrara,
y al fin la ciudad eterna,

gran museo de las artes,
mundo de reminiscencias,
sepulcro de un grande Olimpo,
emporio de la fe nueva,
norte y faro del católico,
luz del artista y poeta.
Allí la gloria le ofrecen
ya las armas, ya las letras,
y entre la pluma y la espada
su voluntad anda incierta.
Ve el lujo de los magnates,
la potestad de la Iglesia,
la miseria del soldado,
las desgracias de la guerra.
Por breve espacio la toga
con sus laureles le ciega,
y la noble proteccion
alcanza de su eminencia
el cardenal Aguaviva;
mas pronto deja sus huellas,
que lucha su genio indómito
contra la sierva doméstica,
aduladora cohorte
que á los magnates asedia.
Como noble caballero,
arder siente en las sus venas
el fuego marcial, y el lauro
ganado en brava pelea,
más sonrie ante sus ojos
que la brillante pereza

coronada en los palacios,
orlada en las academias:
«Que el empleo de las armas,
»si arma al que le profesa,
»en los que son bien nacidos
»principalmente se asienta.»
Galas compra de soldado
con los restos de su hacienda,
y á Nápoles se dirige,
donde equipaban galeras
para hacer la guerra al Turco,
España, Italia y Venecia.
Gran momento de la historia,
gran empresa, en que se juega
el triunfo de la barbarie
ó el de las artes y ciencias.
Ardió su pecho afanoso
de hallarse en la gran contienda;
que hay tiempos de amar la paz
y tiempos de amar la guerra;
y ocasiones en que el brazo
sirve más que la cabeza.
Plaza sienta de soldado,
ansioso de verse á vueltas
con los moros, á la usanza
que vió en antiguas leyendas,
do caballeros andantes,
la espada puesta en la diestra,
de mandoble ó de alti-bajo
les cortaban las cabezas

como si fuesen de pasta
ó de mazapan contrechas.
Tocó servir á Cervantes
en la galera *Marquesa*,
mandada por Sancto Pietro,
de las escuadras de Andrea.
Y con don Diego de Urbina
en breve se dió á la vela,
y el mar cruzó para hallarse
en la espantable refriega
de Lepanto, do se hundió
la potestad agarena.
Peleó allí como bueno,
aunque doliente y sin fuerzas,
esclava del fuerte espíritu
la flaca naturaleza.
Fiebre intensa le consume
y al mismo tiempo le alienta,
que el soldado valeroso
mejor parece en cubierta
al enemigo abordando
ó muerto en cruda refriega,
que vivo en doliente lecho
miéntras los otros pelean.
Pidió al capitan Urbina
le dé el encargo y defensa
del puesto más peligroso;
y al sonar la trompa bélica,
Cervantes junto al esquife
armado está en la galera

con otros doce soldados,
siendo tal la resistencia,
el vigor y heróico esfuerzo
que mostraron en la empresa,
que más de quinientos turcos
hallaron la muerte en ella;
y el estandarte de Egipto
de su denuedo fué presa.
Tres heridas de arcabuz
tuvo en la lucha Saavedra,
y nobles láuros ganando
perdió la mano siniestra.
Pero ¿qué son las heridas
sino brillantes estrellas
que al valeroso estimulan
y dan honra al que las lleva,
y más cuando son ganadas
en la jornada más cruenta
que *pasados* presenciaron
ni futuros ver esperan?
Tuvieron estos servicios
la alabanza y recompensa
del príncipe Juan de Austria
que le admira y le consuela,
miéntras que corre en Mesina
su larga convalescencia.
Apénas restablecido
vuelve Marte á ser su estrella;
su pensamiento, el trabajo;
su descanso, la pelea.

En busca de nuevos lauros
va embarcado en las galeras
del gran Alvaro Bazan
temido rayo en la guerra,
y á las órdenes de Ascanio
Colona, se halló en las nuevas
jornadas de Navarino,
de Corfú y de la Goleta,
ejemplo ofreciendo honroso
de valor y de experiencia.
A Sicilia luégo torna
en pos del duque de Sesa,
y acabada la campaña
y viéndose sin hacienda,
á guisa de buen soldado
que tiene la mano suelta
y por mote en su mochila
corta paga y largas deudas,
volver resuelve á su patria
donde galardon espera
de sus honrosas heridas
de sus acciones de guerra.
Cartas lleva de Don Alvaro,
cartas del duque de Sesa
una mina de *esperanzas*,
un tesoro de *encomiendas*,
un nublado de *palabras*,
un diluvio de *promesas*.
Y el generoso Don Juan
al rey lo recomienda

cual soldado *mozo* en años,
pero *viejo* en la experiencia.
Todo á Cervantes sonrie,
todo á Cervantes se muestra
radiante de luz vivísima
propicia y fausta su estrella.
¡Cuántos ensueños dorados
su jóven mente atraviesan!
¡Qué rico va de esperanzas,
al dar al viento las velas
de Nápoles en el puerto
en la española galera
del *Sol* llamada, ¡que es *sol*
del cielo de sus *quimeras!*
Vogando va por los mares
ansioso de ver la tierra
de España, su amada España;
mas fortuna, vária y ciega,
en vez de los patrios lares,
tierra extraña le reserva
en vez de padres y amigos,
con enemigos se encuentra,
y en véz de la libertad
halla pesadas cadenas.
Una escuadra de galeotas
topa en su rumbo y le cerca.
¡Adios, ensueños de gloria!
¡Adios, esperanzas ciertas!
Los moros son en gran número;
los cristianos fácil presa.

¡Ay! perder la libertad
á vista de hispana tierra,
su brisa ya respirando
que al pecho del hijo alienta,
mirando su hermoso cielo,
tocando ya su ribera!
Con el furor y la rabia
que el duro infortunio engendra,
libertad, vida, defienden
los de la hispana galera.
Pero está jugado el dado
y firmada su sentencia:
los moros son en gran número;
los cristianos fácil presa,
y esclavo de la morisma
queda el valiente Saavedra.

## CERVANTES CAUTIVO.

### LA FUGA Á ORAN.

En una mazmorra oscura,
de gruesos grillos cargados,
desnudos y macilentos,
rendido el cuerpo al cansancio,
lamentan su infausta suerte
los valerosos cristianos
que en la española galera
rindieron moros corsarios.
Veneras ornaron pechos

que agora cubren harapos,
y duermen en paja inmunda
quien durmiera entre brocados.
La triste prision resuena
los ayes del condenado,
las amenazas del moro,
el crugido del corbacho.
Esclavos en Berbería,
¿quién enjugará su llanto?
¿A quién volverán los ojos
de su patria separados?
Mas no, que piadoso el cielo
no olvida su desamparo.
Entre las sombras espesas
de escasa luz, tibio rayo
dibuja el noble contorno
de un héroe, no de un esclavo.
Su alta, espaciosa frente
apoya en su diestra mano:
fuego brota de sus ojos,
fiebre consume sus labios,
sangre tiñe sus vestidos,
sangre corre de su mano,
y pende de su cintura
con grueso y tosco candado
pesada y dura cadena,
que, atada á un informe banco,
revela del moro adusto
el receloso cuidado.
¿Quién es aqueste cautivo,

que áun preso les pone espanto,
terrero de sus rigores,
rigor de siniestros hados?
Mirad en su noble rostro
la altivez del castellano,
el ánimo del guerrero,
del genio el divino rayo,
mirad la mano siniestra
que fué deshecha en Lepanto.
Es Cervantes de Saavedra,
es nuestro jóven soldado,
que ya empieza su martirio,
que ya sube á su calvario.
Si hasta entónces la fortuna
mostróle rostro enojado,
avara en quitarle bienes,
pródiga en darle trabajos;
miserias nuevas anubla
en horizonte turbado,
trocándole en mal la suerte
lo que era de bien presagio,
que no es pequeño misterio
la vida del desgraciado.
Dali-Mamí codicioso,
á quien tocó en el reparto,
de la alteza del cautivo
gran opinion ha formado
por las cartas que del príncipe
le halló para el rey su hermano,
y ve el futuro provecho

trocado en presente daño.
Apurar intenta el moro
la paciencia del esclavo
y alcanzar con los tormentos
un tesoro imaginario.
¡Qué lúgubre perspectiva
para un sér abandonado
de su patria y de su rey,
sin más recurso que el llanto
que á mover no es poderoso
del moro el pecho inhumano!
De su rescate, Cervantes
los caminos ve cerrados,
sus esperanzas deshechas,
su vida en contínuo amago;
mas no se rinde, que es héroe,
y alienta pecho esforzado.
No se intimida, que es genio,
y para el genio no hay lazos.
Si el cuerpo hierros oprimen,
no hay cadenas para el ánimo.
En Dios y en sí mismo espera;
su frente al cielo ha elevado
altiva y noble, y los hechos
prodigiosos recordando
de Pedro Soler, insigne,
de Vizcaino, del bravo
Juan Portundo, de Lorenzo,
y de otros héroes cristianos
que en odio á la servidumbre

peligros mil afrontaron,
á la fortuna enemiga
vencer pretende, fiando
ya en los cielos, ya en la fuerza
de su ingenio y de sus brazos.
Tan heróico pensamiento
de súbito ha transformado
en bella y luciente aurora
el ántes lúgubre acaso.
Sereno, firme, apacible,
enjuga del triste el llanto,
valor infundiendo al pecho
del abatido cristiano:
ó ya absorto, silencioso,
sobre su diestra apoyado,
en su audaz intento firme,
traza propósitos varios.
Su cara patria es su sueño
si alcanzar puede descanso,
su esperanza, en su infortunio,
su sosten en sus trabajos,
y allá en sus largas vigilias,
jura, por lo más sagrado,
morir por la libertad,
ó ser un *rey*, siendo *esclavo*.
¡Cuántas trazas el deseo
no le ofreció aguijonado,
cuántos proyectos su mente,
cuánto imposible su ánimo,
que estrelló la vigilancia

y pereció en el recaudo
con que el codicioso moro
vigila á su noble esclavo!
Mas el genio no se apoca,
ántes crece en los obstáculos,
y una arriesgada fuga
su mente ha premeditado
que á tierra de Orán le lleve
y con él á los hidalgos
Osorio, el alférez Rios,
á Castañeda el bizarro,
á Meneses, Navarrete,
y al bravo Beltran del Salto.
Jornada asaz peligrosa
y llena de sobresaltos,
en que la vida perdieron
cuantos tristes la intentaron.
A favor de oscura noche,
los gruesos hierros limados,
várias sombras se deslizan
de las prisiones del Baño.
Por guia llevan un moro:
un moro á quien ha ganado
con su destreza Cervantes.
A Orán dirigen sus pasos
señalándoles la senda
más que los ojos, el tacto.
El aliento conteniendo
del pecho sobresaltado,
ganan puertas, suben muros,

saltan fosos, se abren paso,
se esconden de centinelas,
esquivan lo más poblado,
atraviesan los contornos,
cruzan vergeles cercanos,
y, de la selva en lo espeso,
veloces buscan resguardo.
Ya la ansiada libertad
respiran, y mudos cantos
de accion de gracias elevan
al cielo justo, apiadado.
Mas, ay, que el pérfido moro
sus promesas olvidando,
á la desdicha insensible,
y á las dádivas ingrato,
muda intento, tuerce el curso,
hácia Argel vuelve sus pasos
y en noche oscura, sin norte,
por caminos desusados,
les deja, expuestos á muerte
del hambre, sed y cansancio.
Avanzar es imposible;
retroceder arriesgado.
Terrible noche contemplan
de desconsuelo y de llanto:
noche nuncio y precursora
de dia tristísimo, infausto.
El angustiado cautivo
espera y teme los rayos
del nuevo sol, que al alzarse

su oriente será y su ocaso.
Argel que era su tormento
es hora su estrella y faro,
y la prision maldecida
la tabla de su naufragio.
Ya en oriente del aurora
reflejan los vivos rayos:
ya el nuevo sol se avecina,
y de las aves el canto
con los sollozos se mezclan
de los perdidos esclavos.
Los torreones y muros
de la ciudad, en lejano
horizonte se dibujan,
y el crepúsculo en los campos
el hondo valle distingue
de los montes y collados.
La senda entónces divisan
que recorrieron ufanos:
agora fatal camino
que á la muerte ha de llevarlos.
Hidalgos son valerosos,
guerreros que han afrontado
en cien combates la muerte;
¡mas morir como rebaños
á manos de vil verdugo,
morir sin gloria ni lauro
el pecho noble intimida
de intrépidos castellanos!
Cervantes solo confia,

al miedo y pavor extraño.
«Valor, amigos, exclama,
si hidalgos sois y cristianos
vuestra esperanza en el cielo
anime los yertos ánimos.
Para los grandes peligros
son los pechos esforzados:
Muerte cierta nos espera
doquier el rumbo emprendamos:
si Argel es nuestro refugio,
la dura ley de los hados
obedezcamos: seguidme;»
esto dijo, y, firme el paso,
á la ciudad se encamina
los tormentos despreciando.

## LA CUEVA DE AGI-MORATO.

### I.

Boga, boga el marinero
al son de guerrero canto,
y no navega, que cruza
sin llama súbito un rayo,
por las ondas encrespadas
del azul Mediterráneo,
de las playas españolas
al continente africano.

A Argel dirige su rumbo
la hermosa velera nao,
que aprestaran en Valencia
los amigos rescatados,
por industria de Cervantes
y Don Rodrigo su hermano,
y á rescatar se disponen
en un silencioso asalto
el puñado de cautivos
que, roto el grillo pesado,
cabe la playa se anidan
en un lugar subterráneo,
y por latidos del pecho
están el tiempo contando
que de besar les aleja
el suelo amoroso patrio.
Firme pecho á los marinos
y nueva fuerza á los brazos
les presta la noble empresa
de salvar á sus hermanos;
y entre la espesa negrura
que cubre el mar alterado;
en lucha con la tormenta,
en guarda de los corsarios,
boga, boga el marinero
al son de bélico canto,
por las ondas encrespadas
del azul Mediterráneo,
y no navega, que cruza
su lecho agitado un rayo.

## II.

De la ciudad extramuros,
en un jardin solitario
do vive el Alcalde moro
que llaman Agi-Morato,
hay una cueva espaciosa
retiro oscuro, ignorado,
ayer asilo de fieras,
hoy seguro de cristianos,
que Cervantes ha elegido
para salvarse y salvarlos.
De lámpara moribunda
al resplandor triste, opaco,
se ve un grupo de cautivos
con fervor arrodillados,
puesta en Dios su confianza,
su dulce nombre en los labios,
y en la nave el pensamiento
que cruza el mar agitado.
La noche su velo extiende
más denso que de ordinario:
el silencio pavoroso
túrbase al eco lejano
de las olas, que conmueve
el aquilon destemplado.
Señal auguran sus pechos
del ansiado desembarco
en las espesas tinieblas,
en los vientos arreciados,

en el reposo profundo
de la ciudad y sus barrios.
Un jóven que de atalaya
se ve en el lóbrego antro,
con voz que valor inspira
al pecho de los cristianos:
—«La nave se acerca, amigos,
»(súbito clama, en un rapto
»de gozo): todo me anuncia
»que próximo está el asalto.
»La noche es fuerte incentivo
»para el marino versado:
»tal vez esta es la postrera
»de nuestra cuita y trabajo.
»Prepárese el animoso,
»anímese el desmayado,
»y no se malogre el fruto
»que á tanta costa buscamos.»
A esta voz, los prisioneros
se postran, vertiendo llanto
de júbilo, y tiernas preces
de aquellos pechos cristianos
al trono de Dios subieron,
pidiendo suceso fausto.
Y en tanto boga el marino
de bélico ardor guiado,
por las ondas encrespadas
del azul Mediterráneo,
y no navega, que cruza
su lecho agitado un rayo.

III.

No era sueño el de Cervantes
por el anhelo forjado:
la nave, ya de la costa
divisado habia el faro,
y las aguas argelinas
iba segura surcando,
merced al próspero viento
y de lo oscuro al amparo.
Vedla allí, en el proceloso
temido mar agitado,
breve punto imperceptible
que se confunde en el vasto
ennegrecido horizonte;
la ocasion está espiando
puesta á la capa: en los mástiles
rizados están los paños,
los remos prestos, la prora
con rumbo á Arjel, arrollando
las vagas olas inquietas
que el bauprés besan. Ya tanto
de dar fondo recelosos
como ansiando el desembarco,
está el piloto en la popa,
con miedo y júbilo: en lo alto
de la toldilla, el valiente
Viana, que hácia lo largo
de la playa, ojo certero

dirige experimentado,
el marinero en la puente,
apercibidos los cabos,
los anclotes y el esquife
al contra-mestre observando,
de temor los pechos llenos
y de cansancio los brazos.
Ya se acercan, ya distinguen
los jardines y palacios
y los altos minaretes
de la ciudad: en el ánimo
del marino entra la duda;
del terror ya dominados
doquier la vista dirigen
ven causa de sobresalto;
cada objeto es una espía,
cada bulto un moro armado.
cada casa una mazmorra,
cada muralla es un baño.
Ya no boga el marinero
de bélico ardor guiado,
ni cruza velera nave
el azul Mediterráneo,
y do esperanza reinó,
hora reina el desengaño.

## IV.

—«¡Valor, valor, marineros,
pensad en vuestros hermanos!

(les grita Viana): ¡á tierra!
desierto está todo el campo,
tranquilos duermen los moros,
anclados están sus barcos.
«¡A tierra! que allí os esperan
los valerosos cristianos.»
A este grito, los marinos,
de nuevo valor armados,
hácia el esquife se lanzan.
Diez hombres sobre sus bancos
empuñan el fuerte remo,
el bajel abandonando.
Boga, boga el marinero,
lleno de estímulo santo,
y en breves momentos llegan
al jardin de Agi-Morato.
Reconocer premeditan
el lugar del desembarco:
del centinela dormido
el aliento han escuchado,
mas un eco, de improviso
hiela sus pechos de espanto
y el rumbo tuercen y el remo
veloz agitan, temblando
que en poder de la morisma
acaben su vida esclavos.
Unos moros pescadores
la fragata han divisado.
Y, ¡al arma! gritan. Confuso
rumor crece, y con espanto

vése el muelle, ántes desierto,
de armadas turbas cuajado.
Viana en el mar se engolfa,
y á otro punto el desembarco
de nuevo, á deshora intenta;
mas su valor esforzado
se estrella en la vigilancia
con que astutos, los corsarios
acechan segura presa,
de sangre cristiana avaros.
Tiembla, tiembla, el marinero
el pecho animoso helado;
juguete de crespas olas
del azul Mediterráneo,
la nave que fué esperanza
de los cautivos cristianos.

V.

Media noche era por filos
del gallo el agudo canto
anuncia la ansiada aurora
á los ocultos esclavos,
que al cielo piden llorosos
dirija con bien la nao,
que á vista del puerto tienen
por puerto de su descanso.
El tiempo corre: la fe
entre los más va faltando;
pero Cervantes espera

á fuer de desventurado.
Rumor, de súbito, turba
el silencio de los campos.
Los cristianos se aperciben:
escuchar creen el ansiado
aviso: el rumor acrece,
crece el ruido, mas cercano
suena el eco de las voces
y el retemblar de los pasos.
—«¡Libertad! ¡Libertad! (gritan
los ilusos): ¡somos salvos!»
Sólo Cervantes inmóvil
permanece, cual si un rayo
herido hubiera su cuerpo.
Los rumores que ha escuchado,
heraldos son que le anuncian
de su esperanza el naufragio.
La triste verdad sospecha;
mas su rostro no ha inmutado,
y las quimeras sostiene
de los ilusos esclavos.
Cesó el bullicio: la aurora
les sorprende casi exhaustos,
y el sueño vencer no pueden
sus cuerpos mústios y lánguidos.
Cervantes, sólo, resiste
á la fatiga y cansancio:
sólo vela, miéntras duermen,
que el luchar fué su descanso.
¿Dónde estás el marinero?

¿Dónde estás velera nao?
Pregunta al cielo, á la tierra,
con acento lastimado.

## VI.

De repente, agudo grito
resuena en aquellos ámbitos.
¡Traicion! su pecho recela,
¡traicion! murmuran sus lábios.
Y no se engaña, que un Judas
ha vendido á los cristianos.
En vez de entrar españoles,
turbas de moros armados
penetran, horribles gritos
é imprecaciones lanzando
de: «¡vil canalla!» «¡traidores!»
«¡Traidores!» «¡Perros cristianos!»
La sangre se heló en las venas
de los que tal escucharon;
mas de Cervantes el pecho
generoso y sobrehumano,
el grave riesgo advirtiendo,
va en valor acrecentando,
que en los riesgos se acrisolan
los corazones magnánimos.
Cervantes su frente eleva
al Dios poderoso y santo,
y animoso va al encuentro
de la turba de soldados:

—«¡Tened, por Alá! (les dice),
»ninguno de estos cristianos
»es culpable de esta fuga,
»yo este negocio he fraguado;
»yo sólo el autor he sido;
»yo me entrego en vuestras manos.»
Los moros que tal oyeron
quédanse mudos de espanto,
que de virtud la nobleza
subyuga á los mismos bárbaros.

## VII.

Grande tropel de moriscos
llega del Zocco al palacio,
la víctima conduciendo
que oprimen hierros pesados.
—«Cristiano (exclama el rey moro,
con voz terrible) en el acto
morirás, si no me nombras
tus cómplices.»—«Soberano
(el acusado responde,
su amenaza despreciando),
apresta ya tus verdugos,
descarguen en mí sus manos,
yo sólo soy delincuente,
si buscas algun culpado.»
Tan firme y noble respuesta
llenó al rey moro de espanto,
y de tigre carnicero

volvióse en cordero manso.
Cervantes, desde aquel punto
para Azan no fué un esclavo;
fué un escondido tesoro,
fué el génio aun no revelado
que dió á la España laureles,
envidia de los extraños.
¡Virtud, virtud, vara mágica,
obradora de milagros;
ora busques pobre choza,
ora costosos palacios,
ya vistas sayal humilde,
ya ostentes ricos brocados,
con tu belleza enamoras
y deslumbras con tus rayos,
así á los pechos sensibles
como á los pechos de mármol.

## EL MÁS OSADO PROYECTO.

Libertad, supremo bien,
libertad, prenda querida,
que necesario es perderte
para tenerte en estima.
¡Cuán hermosa te presentas
ante la mente cautiva,
ante el pecho acongojado
que entre cadenas respira!
Qué valo rno das al ¡ hombre
cuya mano esposas ligan,

cuyos piés oprimen cepos,
cuyos ojos mortifica
la dura y penosa ausencia
de la luz del claro dia!
Por tí peligros arrostra:
por tí trazas imagina:
por tí imposibles alcanza:
por tí milagros realiza:
y por tí la amarga muerte
le es más dulce que la vida.
Cervantes tiene en su pecho
libertad ó muerte escritas:
la libertad es el norte
que todos sus pasos guia:
la libertad es el rayo
que su cerebro ilumina;
la libertad es el ara
do todo lo sacrifica:
y por este bien supremo
hará cosas inauditas,
que de Argel en los anales
grabadas queden y vivas.
Los amargos desengaños
su fe constante no entibian,
ni sus esfuerzos desmayan
por adversas tentativas.
Encerrado está en el baño
entre importunos espías
y en su altiva osada mente
proyectos nuevos se anidan

y nuevos medios de escape
su ardiente deseo fabrica.
De santo celo animado
por la religion divina,
ansioso de hacer el bien
con peligro de su vida,
á un moro se ha confiado
para nueva tentativa.
Con persuasion le reduce,
con las dádivas le inclina,
con esperanzas le mueve,
con promesas le confirma,
y á Orán, al claro marqués
Martin Córdoba le envía
con una carta firmada
de su puño y letra misma,
porque en secreto le mande
personas en quien se fía
que á él y á tres caballeros
de linaje y alta guisa
á tierra de Orán los lleve
y en salvo ponga sus vidas.
Ya se apresta el mensajero,
ya dispone su partida.
Camino va de la plaza
y sus muros ya divisa;
mas al pasar de sus puertas
sospechado es por espía.
Y cae en poder de enemigos
la malventurada epístola.

Suplicios duros preparan
contra el cautivo que mira
cercano el ansiado término
de su insufrible desdicha,
pero el Virey Azan Aga
de Cervantes firme egida,
el rigor áspero templa
de la severa justicia.
La pena que le han impuesto
Azan conmuta y mitiga,
y á ruego de algunos moros
con el Rey de gran valía,
total indulto consiguen
y al noble cautivo libran.
El duro trabajo acrece,
la vigilancia duplica,
mas su furor no decae,
ni su entusiasmo se entibia,
ni su pecho se acobarda,
ni su altiva frente humilla.
Cuanto más su adversa suerte
en maltratarle se obstina,
mayor es la fortaleza
que contrapone su víctima.
No ya en su rescate propio,
na ya en procurar la huida
de sus nobles compatriotas
su pensamiento fatiga;
rescatar intenta á todos
de la esclavitud indigna

con que los moros les tratan
de la España con mancilla.
La gloria y bien de la patria
hora en su mente se fijan,
y su desdoro le ofende,
y su oprobio le lastima.
Argel, prision de cristianos,
Argel, tumba de sus vidas,
ante el soldado español
es un padron de ignominia.
Al vencedor de Lepanto
este espectáculo indigna.
De su mano y de su pecho
las heridas cicatrizan;
mas de su honra española
ve siempre abierta la herida.
La victoria contra el turco
grabada en su mente y fija,
del patrio amor alimenta
la llama nunca extinguida.
No sufre ver los corsarios
en contínuas correrías
y de Levante á Poniente
señores de la marisma.
La tierra donde el invicto
Cárlos quinto las insignias
del estandarte español
plantó con mano atrevida
su pecho de hidalgo enciende,
su noble orgullo lastima,

su hispana altivez provoca,
su dignidad mortifica.
Cervantes sueña de Argel
en la gloriosa conquista;
y quiere ver los leones,
donde las lunas dominan.
Al Africa del cautivo
el pensamiento gravita:
en Africa ver desea,
del rey la hueste aguerrida;
digna empresa de un gran pueblo
que límites no imagina,
ni nuevos mundos le bastan,
ni ejércitos le intimidan,
ni fronteras le detienen
en su deseo de conquista.
Cervantes sólo en Argel
de España es figura digna.
Ese manco, estropeado,
que gruesas cadenas ligan,
la magestad española
noblemente simboliza.
Indomable en los trabajos,
indiferente á la vida,
audaz en sus pensamientos,
superior á las desdichas,
en guerra contra su suerte,
odiando la tiranía,
más libre cuanto más preso,
más fuerte cuanto más lidia,

Cervantes del pueblo hispano
el genio personifica:
y en el traje del cautivo
se ve al leon de Castilla.
Hasta Filipo, monarca
que el suelo español regía
el desvalido vasallo
levantar osa la vista.
No pide su libertad
aliento con que respira:
no del prócer opulento
que regio favor sublima,
la proteccion poderosa
con instancia solicita,
para lograr el rescate
de su servidumbre impía;
ayuda pide y favor
contra la raza maldita,
que veinte mil españoles
en sus mazmorras cautiva.
La gloria anhela de España
y el bien para tantas víctimas:
que los magnánimos pechos
su propio bien sacrifican
por su patria y por su hermano;
y de sí propios se olvidan.
Cervantes audaz intenta,
si el rey no le hace justicia,
lograr á fuerza de arrojo
lo que al monarca pedia:

y rebelarse en Argel
contra toda la morisma,
uniendo tan rica joya
á la hispana monarquía:
empresa que consiguiera,
si las artes de la envidia
con torpes medios no osaran
estorbar sus altas miras.
El rey temió de su ingenio,
temió de su valentía.
De su constancia indomable,
de su guerrera pericia;
y viendo al cautivo mozo
lleno de honrosas heridas,
pobre, manco, estropeado,
á sus vasallos decia:
«Que teniendo bajo guarda
al manco español, la villa,
los cristianos y bajeles
guardados tambien tenía.»

## LA PLEGARIA.

### I.

Grande rumor y alboroto,
gran tumulto y algazara
atruena el puerto de Argel,
las sus calles y sus plazas.
Atabales y trompetas

y atronadoras descargas
de arcabuces y cañones,
anuncian que en la morada
del Socco, está Ibud Jaffer
nuevo rey que el turco manda.
Divididos van los moros
y ya despiden, ya aclaman,
al venturoso que sube,
ó al desgraciado que baja.
Azan Bajá el veneciano,
á partirse se prepara
á la gran Constantinopla
con una crecida escuadra
do lleva inmensas riquezas,
por su codicia ganadas.
Temeroso va el buen rey
y allá en su conciencia trata
si podrá más con el turco
la justicia que las dádivas;
mas al cabo se consuela,
diciendo: «para mis barbas,
que si el turco es gran señor,
el oro no le va en zaga.»

II.

Confuso tropel se agolpa
sobre la vieja muralla
que la puerta Babazira
de la Aduana separa.

Veinte galeras los muelles
ostentan empavesadas.
Inquieta y curiosa chusma,
turbas de esclavos y esclavas,
genízaros, renegados,
morisma de toda laya
de las naves por los puentes
cargados suben y bajan,
con aprestos, municiones,
con armas y vituallas,
con joyas, géneros, frutos,
que son de Argel las entrañas
y labios hay que murmuran:
«Azan, con Alá te vayas,
que si aquí más tiempo quedas
por llevarte, te llevaras
hasta la yerba menuda
que crece bajo tu planta.»

## III.

Sobre el castillo de prora
de la nave *Capitana*,
la mano diestra en la frente
en fiebre intensa se abrasa.
Por mil partes la siniestra
rompida y desbaratada,
ardientes, tristes suspiros
un jóven al aire lanza.
De Argel contempla los muros,

testigos de su desgracia,
y sus oscuras prisiones
á vergeles las compara,
que aún allí el aire respira
dulcísimo de la patria,
y cree mandarle en sus brisas
las tristes quejas del alma.
Mas allá... ¿por qué infelice,
por qué se asoma una lágrima
furtiva en sus bellos ojos?
¿No veis cuál la vista clava
en el Occidente, inquieta,
como buscando de España,
en el risueño horizonte,
la alegre amorosa playa?
Esclavo, grande es tu pena
separado de tu patria;
más ¡ay de tí! si es tu suelo
el noble suelo de España.
Ni habrá campo que te alegre,
ni flor que tu vista atraiga,
ni dulce son que te arrulle,
ni luz que te satisfaga,
ni cielo que te parezca
como tu cielo de España.

IV.

¿Quién eres, noble mancebo,
que así, en edad tan temprana,

los rudos combates sufres
de estrella enemiga, ingrata?
¿Quién eres, gallardo jóven,
de cabellera dorada,
que del alma la grandeza
en tu rostro se retrata,
y el esfuerzo de tu pecho
en tu mano estropeada?
Cervantes es, que á Turquía
al rey Azan acompaña:
el fiero y temido esclavo
que muertes mil despreciara;
el que en Argel deja eterna
memoria de sus hazañas;
el que fué de los cristianos
sosten, apoyo, esperanza.
No rescatarle pudieron
de sus cadenas pesadas
de su buen padre la hacienda,
la dote de sus hermanas,
i la piedad de ministros
que en santo celo se abrasan.
Cautivo en Constantinopla,
sus cadenas se remachan;
el ancho mar que le cerca
es tumba de su esperanza;
ojos qué vieron su ida
ya no verán su tornada.

V.

Ya levan anclas las naves,
ya del puerto se separan,
al manso viento las velas
oponiendo desplegadas.
Atruena la muchedumbre
con sus gritos y algazara:
y en tanto el triste cautivo
desgarrar siente su alma,
y de dolor en el pecho
el corazon se le salta.
El viento extiende y agita
su cabellera dorada,
como templar si quisiese
la fiebre con que se abrasa.
¡Deten, oh sol, tu carrera!
¡Vientos! ¡volved á la calma!
¡Aguas! ¡torced la corriente!
¡Naves! ¡echad vuestras áncoras!
Atiende, Azan codicioso,
no de la Algeria te partas,
no á la gran Constantinopla
con ese esclavo te vayas
de los rizados cabellos,
de la mano estropeada,
que en el castillo suspira
de tu nave *Capitana*.
Déjale en tierra: ¿qué quieres?

pide, ordena, ajusta, manda.
¿Quiéres en cambio los mares
de hermosas naves cuajadas?
¿Quiéres de Tiro la púrpura,
de Helbon la preciada lana,
tapices ricos de Persia,
oro cribado de Arabia,
de Golconda los diamantes
ó los perfumes del Asia?
¿Quieres coronas, imperios,
hermosuras sobrehumanas,
alcázares fabricados
de pórfidos y esmeraldas?
Pide, Azan, y en cambio deja
ese esclavo que arrebatas
de los rizados cabellos,
de la mano estropeada,
que en el castillo suspira
de tu nave *Capitana*.
Lo que te llevas, *es mucho;*
lo que pidieras, *es nada:*
¡ay! Azan, que el mundo *sobra*,
si Miguel Cervantes *falta*.

## VI.

La noble frente espaciosa
hácia el cielo levantada,
convulsos brazos tendiendo
hácia las playas lejanas:

miéntras surca el bello rostro
ardiente amorosa lágrima.
¿Por qué has cerrado tu pecho
á la voz de mi desgracia?
¿Por qué me dejas morir
cautivo en tierras lejanas?
Yo dejé tu suelo hermoso
por conquistarte una palma.
Mi vida puse en peligro
porque creciera tu fama.
Con mi sangre, de Lepanto
teñidas dejé las aguas.
Mi mano perdí por tí;
mi pecho abrieron las balas,
luchando contra los moros
por tu Dios y tu monarca.
Entre hierros, tu memoria
ha sido el pan de mi alma.
Por tí arrostré mil martirios,
por tí desprecié amenazas,
pensando en tí me dormía,
pensando en tí despertaba.
Y darte quise este reino
teatro de mi desgracia.
¡Dulce Iberia! ¡patria mia!
noble gente castellana,
recibe de un prisionero
la triste postrer plegaria.
Yo muero en lejana tierra;
mas cuando salga mi ánima

de aqueste apenado cuerpo,
buscando region más alta,
será tu nombre dulcísimo
la mi postrera palabra,
y el último pensamiento
la memoria de mi patria.
Del céfiro blando y dulce
irá mi suspiro en alas:
acógelo, patria mia,
que un prisionero lo manda:
y consagra una memoria
al que léjos de tus playas,
á tu memoria hizo templo
en lo profundo del alma.»
Así por el ancho espacio
el eco llevó en las aguas
la plegaria del cautivo
que lleva el rey Azan Aga,
de los rizados cabellos,
de la mano estropeada,
que en el castillo suspira
de la nave *Capitana.*

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

# LINNUM CRUCIS.

(Romance histórico-religioso.)

De dos distintos puntos de la Europa,
á encontrarse en mitad de su camino,
se aprestan dos ejércitos contrarios
á sangriento combate decididos.
El uno, al mando del feroz Majencio,
marcha arrogante, denodado, altivo,
compuesto, entre peones y jinetes,
segun refiere de la historia el libro,
de unos *doscientos mil*, entresacados
de los más resistentes y aguerridos.
Donde fijan su planta, la pavura,
el espanto, el terror y el exterminio,
son el recuerdo que á la mente dejan
en su empuje salvaje y su delirio.
Manda el segundo ejército, que avanza
al encuentro del bárbaro enemigo,
un capitan ilustre y valeroso,
un genio de la guerra: ¡Constantino!
el soldado indomable en el combate,
y en la victoria humano y compasivo;
el que jamás el golpe de su espada
hizo sentir al que se miró vencido;
el que enjugó las lágrimas de aquellos
á quien tocó la suerte del cautivo.
Aunque su tropa es brava y aguerrida

el número de gente es reducido.
Son *ciento treinta mil*, por lo que duda
de conseguir el anhelado triunfo,
sin contar con un medio sobrehumano
que le preste el apoyo de su auxilio.
É invoca á Dios con oracion ferviente,
y Dios escucha al pecador contrito,
y en el azul del claro firmamento
se ve la Cruz del mártir Jesucristo
con inscripcion brillante que decia:
*Vencerás en virtud de aqueste signo* (1).
Marcha Constancio de esperanzas lleno
de alcanzar de Majencio el exterminio,
y en línea de combate se presenta
ante el Romano, que en salvaje aullido
prorumpe cuando mira las legiones
del Capitan que es gloria de su siglo.
Ya las guerreras trompas por los aires
dejan sentir sus bélicos sonidos,
mezclados con el choque de las armas
al par que del caballo los relinchos,
que apoyado en sus piernas poderosas,
briega por contemplarse desasido
del duro freno que en su boca tasca,
ansioso de lanzarse en el peligro.
La lucha se encarniza: por doquiera
se repiten lamentos y quejidos;
los ayes del dolor se centuplican,
y en tanto que el acero con su brillo,

(1) *In hoc signo vinces.*

reflejando del sol los resplandores
van sembrando la muerte y exterminio,
más el coraje con la lucha crece;
más el valor se siente enardecido;
y ni la sangre que á torrentes corre,
ni el cuerpo inerte del cadáver frio,
contienen el empuje denodado
de aquellas gentes, que cual tigre herido,
ciegos ya de furor, en su locura,
sólo con sangre sacian sus instintos.
Indecisa se encuentra la victoria;
pero en instante tan supremo y crítico,
el romano da suelta á las legiones
de los ginetes que con él han ido.
Cual flechas por los arcos arrojadas,
cual rayos de las nubes desprendidos,
cual huracan que en su veloz carrera
vertiginoso marcha en remolino,
sobre las tropas de Constancio caen,
que al ver de la avalancha el poderío,
siente miedo, pavor, y que en su pecho
del corazon se apagan los latidos.
Y ¡victoria! se escucha en todas partes;
y ¡triunfo! dice por su cuenca el rio;
y en los aires repítense los ecos
cruzando los espacios infinitos.
Constancio, que contempla á sus soldados
en montones de muertos convertidos,
al fogoso alazan en que cabalga
las riendas suelta, y al momento mismo

rasga la piel del generoso bruto
del acicate el hierro endurecido.
Al sentir sus hijares desgarrados,
el potro se estremece, da un relincho,
dilata sus pulmones, y al escape
salva llanos, torrentes, precipicios.
Y se cambia en derrota la victoria,
y Majencio contémplase perdido,
que al mirar la presencia de Constancio,
el arrojo, el valor, el heroismo,
su ejército, cual tímidas gacelas
que sienten al chacal enfurecido,
huye espantado sin mirar por dónde,
tira las armas, siente el parasismo
de la muerte cernerse en sus cabezas,
y en fatídicos sueños de delirio,
corre sin norte, marcha en desbandada,
quiere cruzar del Tíber el abismo...
y general y ejército en sus aguas
dan de la vida el último suspiro.

## II.

Tras victoria tan grande y tan completa,
abre Roma sus puertas al ejército
del caudillo que lleva en su estandarte
la Cruz del sacrosanto Nazareno,
y entre temor y dudas le agasajan
los ciudadanos nobles y plebeyos.
Con sábias leyes, con medidas justas
Constantino inaugura su gobierno,

y se hace amar y respetar de todos
por buen legislador, por buen guerrero.
En paz domina la extension que abraza
en vasto territorio dos imperios,
y las artes, las ciencias, las industrias
y las distintas ramas del comercio
florecen protegidas por Constancio,
llegando acaso á sus mejores tiempos.
A la sazon su madre santa Elena,
inspirada sin duda por los cielos,
acomete una empresa que la axalta,
que arrebata su noble pensamiento,
y que en práctica pone, aunque los años
la agilidad robaron á su cuerpo.
Es la empresa difícil y atrevida,
pero tanto domina en su cerebro
la idea de buscar á toda costa
el signo redentor del universo,
que en camino se pone sin tardanza
con personal escaso por cortejo.
Caminando sin tregua ni descanso
llega á Jerusalen, reza en su anhelo,
y al Calvario su planta se dirige,
el *Via-Crucis* contrita recorriendo.
Mas ¡oh dolor! el gentilismo altivo,
borrando del pasado los recuerdos,
sobre el sepulcro que á Jesus contuvo,
de impúdicas deidades al ejemplo,
levantaron á lúbricos banquetes
vasto recinto dedicado á Vénus.

Gran pesadumbre á santa Elena causa
ver convertido el santo monumento
en un lugar inmundo y despreciable,
á la verdad y á la virtud ajeno,
y se arrasan en lágrimas sus ojos,
hijas de su dolor y sufrimiento.
Manda al instante que la fiesta acabe;
dispone que se llamen cien obreros;
ordena que principien los derribos,
sin que quede ni asomo de cimientos;
y la piqueta mécese en el aire
y choca con los muros al momento.
Crugen las vigas, saltan en astillas,
que rodando se miran por los suelos,
y el rico artesonado que recubre
los muros interiores, y los techos
pronto en monton de escombros convertidos,
apénas son señal de lo que fuéron.
Pasan los dias, y del inmundo antro
no quedan ni áun las sombras del recuerdo;
mas del Sepulcro Santo que se busca
no aparecen indicios ni trofeos.
Sigue el trabajo, auméntase la gente,
que redobla constante sus esfuerzos,
y desque asoma el alba en los espacios
hasta la noche, que con denso velo
envuelve de la vida la existencia
convidando al descanso y al sosiego,
ni una mano se mira que esté ociosa,
ni un segundo descansan los braceros.

Trabajo tan constante, era indudable
que habia de responder á los deseos;
que el que busca con fe, si no desmaya,
más tarde ó más temprano llega al término.
Más de diez codos removidos llevan
en la montaña que sirvió de asiento
al edificio que á mentida diosa
alzaron para danzas y festejos,
cuando aparece de la roca dura
en que encerraron á Jesus ya muerto,
la parte más saliente, que en su cúspide
semejaba la cruz de un cementerio.
Aislada ya la roca, se contempla
un grueso, tosco y colosal madero,
y á su derecha encuéntrase un segundo,
y á su izquierda tropiézase un tercero.
Tambien formado por punzantes ramas
con millares de espinas hácia el centro,
la corona del Mártir encontraron
y los clavos que al Vèrbo sostuvieron.
Mas una duda ocurre á santa Elena,
que acibara en un tanto su contento,
pues las cruces son tres, y tan iguales,
que era imposible que el humano ingenio
con certeza absoluta señalara
la que sostuvo al Hijo del Eterno.
De un modo milagroso se resuelve
esta cuestion, y todos conocieron
de una manera clara y terminante
en cuál espira el celestial Cordero,

y reliquias se esparcen por el mundo
en trozos, en pedazos y en fragmentos.
Los clavos, uno yace en el Adriático:
otro se dice que sirvió de freno
al caballo del noble Constantino,
que despues se donó como recuerdo
al pueblo y á la Iglesia de Milan:
y el otro, que por gala le esculpieron
en la imperial corona, le entregaron
á San Juan de Letran, en cuyo templo
existe venerado cual merece
tan sacrosanto y bendecido objeto.
La corona de espinas no se sabe
en qué punto estará del universo,
como tambien se ignora en absoluto
qué fué del INRI que en la Cruz pusieron.
Siguen los años su veloz carrera,
y Constantino cumple el juramento
que hizo sobre los campos de batalla
cuando entabló la lucha con Majencio.
En su virtud, dispone en un escrito
legalizado por augustos sellos,
que sus súbditos todos, sin excusas
que puedan exponer como pretexto,
á la sola verdad de Jesucristo
rindan adoracion y acatamiento,
por ser la sola de verdad eterna
la religion de Cristo verdadero.
Así acaba Constancio su reinado,
digno de meditarse cuando ménos.

Madrid 3 Mayo 1878. J. CONDE DE SALAZAR.

# ÍNDICE.


Dedicatoria . . . . . . . . . . . . . . . . . 3
La batalla de la Ajarquía y prision del Conde de Cifuentes. . . . . . . . . . . . . . . . 5
La gente de coletilla. . . . . . . . . . . . . 47
¡Pobre madre! . . . . . . . . . . . . . . 53
La Suzona. . . . . . . . . . . . . . . . . 61
Grandezas de Cárlos V. . . . . . . . . . . . . 69
Un caballero. . . . . . . . . . . . . . . . 81
El castillo de Cabezon. . . . . . . . . . . . . 89
El problema de la vida. . . . . . . . . . . . 99
Los gatos de Madrid. . . . . . . . . . . . . 109
Bombardeo de Valparaiso. . . . . . . . . . . 119
La cruz de los Ángeles. . . . . . . . . . . . 127
El sueño. . . . . . . . . . . . . . . . . 139
El Alcalde del mercado. . . . . . . . . . . . 153
La Derrota de Zalaca. . . . . . . . . . . . . 161
D. Rodrigo en la horca. . . . . . . . . . . . 171
Á la luna. . . . . . . . . . . . . . . . . 181
Una noche toledana. . . . . . . . . . . . . 183
La torre del Clavel. . . . . . . . . . . . . 191
La peña negra. . . . . . . . . . . . . . . 197
Cervantes (soldado). . . . . . . . . . . . . 203
Cervantes (cautivo). . . . . . . . . . . . . 211
La cueva de Agi-Morato. . . . . . . . . . . 219
El más osado proyecto. . . . . . . . . . . . 230
La plegaria. . . . . . . . . . . . . . . . 237
Linnum Crucis. . . . . . . . . . . . . . . 247